BOLSILIBROS BRUGUERA

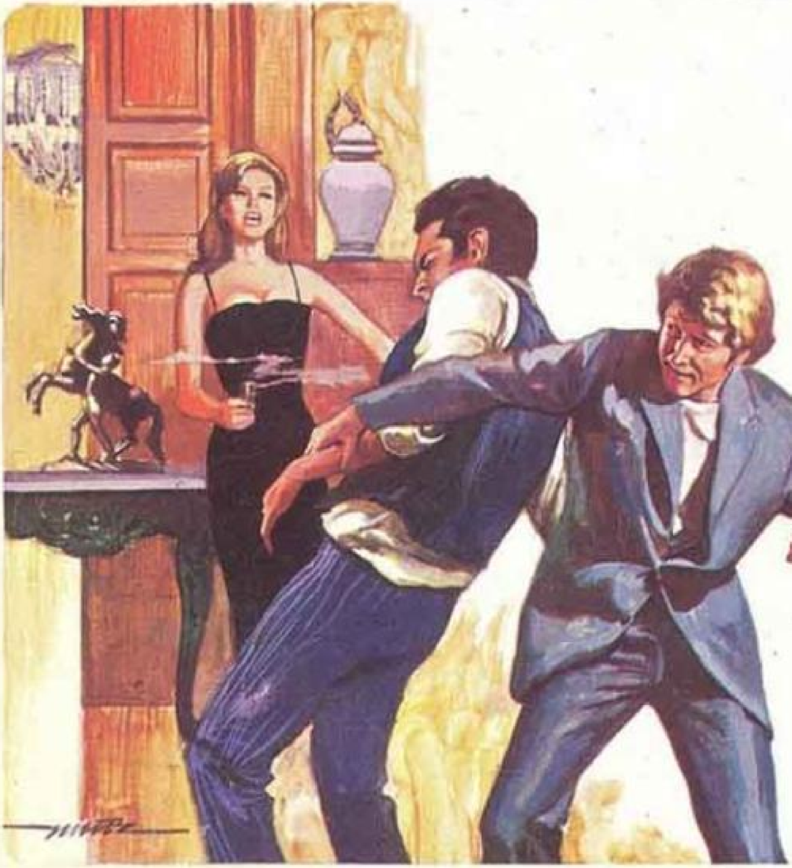
POLICIACA

SERIE

LA HUELLA

Lou CARRIGAN

QUIEN ROBA A UN LADRON...



COLECCION

LA HUELLA

eb

LOU CARRIGAN

QUIEN ROBA A UN LADRON...

Colección LA HUELLA n.° 18
Publicación quincenal
Aparece los lunes

LA HUELLA

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 4-02-03656-2
Depósito legal: B 52862-1974
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición en esta Colección: febrero, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Preludio Nocturno

Jacques Burel y Pierre Thierry no tuvieron la menor dificultad en saltar las verjas de la hermosa villa, que, salvo la luz del gran porche con columnas, estaba a oscuras. Tan a oscuras que ellos, vestidos completamente de negro, se diluyeron rápidamente como dos sombras, por entre las frondas del jardín.

De este modo, llegaron al lugar convenido, en la parte de atrás de la hermosa villa. Burel encendió un instante su encendedor. Y en seguida, cerca de ellos brotó otra llamita.

—¿Duvagier? —susurró Thierry.

—Por aquí —sonó la voz donde había brillado la llamita del otro encendedor.

Oyeron también el rumor, y se acercaron, reuniéndose con Alain Duvagier.

—¿Todo va bien? —preguntó Burel.

—Sí… *Monsieur* Sémardin está en una fiesta, y vendrá muy tarde. La cocinera y la doncella se han ido ya a París, para arreglar la casa. Y René, el chófer, está durmiendo.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Venid…

Los tres se deslizaron hacia la parte de atrás de la casa. Se oyó un breve tintinear de llaves, y una puerta se abrió.

—Buen trabajo, Duvagier —susurró Thierry—. ¿Cómo consiguió la llave?

—Es fácil conseguir cosas de una casa que se visita con frecuencia. No hablemos ahora.

Entraron, atravesaron por un pasillo, luego otro, y finalmente llegaron al gran vestíbulo, que recibía el resplandor de la luz del gran porche, por dos ventanas, una a cada lado de la puerta.

Duvagier señaló otra puerta, a la derecha de la entrada. Fueron los tres allá, de nuevo sonaron levemente unas llaves, y también aquella puerta fue abierta. Entraron, Duvagier cerró tras ellos, y encendió una linterna, cuya luz fue en seguida hacia otra puerta, más pequeña, tras iluminar de pasada lo suficiente para que Thierry y Burel comprendiesen que estaban en un despacho.

Se colocaron delante de la puerta más pequeña, que también fue abierta por Alain Duvagier.

—¿No será usted el ama de llaves, por casualidad? —preguntó Burel.

Thierry emitió una risita aguda y breve. Duvagier refunfuñó, sordamente:

—No es momento de bromear... Ya os dije parte de la combinación: el resto es cuenta vuestra. Yo no he podido hacer más. ¿Te parece que podrás abrirla, Thierry?

Pierre Thierry se quedó mirando con cierta duda la puerta de la pequeña cámara acorazada. No era una simple caja de caudales más o menos grande y fuerte, sino una auténtica cámara acorazada... Sin decir palabra, se puso al trabajo, utilizando como punto de partida las informaciones de Duvagier.

Veinte minutos más tarde, cubierto el rostro de sudor, Pierre Thierry se erguía, suspirando.

—Ya está —murmuró.

Duvagier tiró de la puerta, no muy convencido. Sin embargo, la puerta se abrió, y simultáneamente, dentro se encendía una luz. Apareció el interior de la cámara. Tenía apenas metro y medio de alto, uno de ancho, y uno de profundo. A los lados y al fondo se veían estantes metálicos, con documentos, títulos mobiliarios, algo de dinero, rollos de papel... Thierry fue el primero en entrar, y ante todo se metió el dinero en un bolsillo.

—Esto para tabaco —rió quedamente.

Luego, se quedó mirando el gran rollo de plástico colocado en uno de los estantes. En realidad era un tubo cuyo diámetro era de unos veinte centímetros, quizá algo más, y cuya longitud rebasaba holgadamente el metro...

—¿Están ahí? —Se impacientó Burel.

Thierry echó un vistazo al interior del tubo de plástico, y vio las telas enrolladas. Asintió con la cabeza, y salió de la cámara con el

tubo, que depositó en el suelo. Luego, él y Burel se miraron, y, sin más explicaciones, empujaron a Duvagier dentro de la cámara, cerrando rápidamente, sin darle la menor posibilidad de reaccionar.

Quedaron de nuevo a oscuras, pues Duvagier había sido encerrado con su linterna. Se oyó de nuevo la risita de Thierry.

—Seguramente, está gritando como un loco, para que lo saquemos de ahí dentro —dijo—. Pero…, ¿tú oyes algo?

—Nada —aseguró Burel—. Debes estar equivocado: dentro de esta cámara no hay nadie, hombre…

CAPÍTULO PRIMERO

El aspecto del cadáver era en verdad impresionante. Tenía los ojos fuera de las órbitas, el rostro hinchado y de color violáceo, lleno de arañazos, y las manos crispadas como garras, con las puntas de los dedos manchadas de sangre, y tiras de piel de la cara entre las uñas.

Rolland Sémardin lo contemplaba sombríamente. Allá tenía lo que quedaba de Alain Duvagier, su administrador en Niza. Duvagier había sido un hombre menudo, serio, elegante, con la calma y los buenos modales adecuados a un hombre de mediana edad y considerable inteligencia y cultura… Muy diferente a él, a Sémardin, que a sus cuarenta años sólo podía lamentar la calvicie. Por lo demás, era alto, grueso, fuerte, dinámico, temperamental.

Tan temperamental que cuando pensaba en lo que significaba la presencia allí de Duvagier tenía que hacer un gran esfuerzo para no lanzarse sobre el cadáver y destrozarlo a dentelladas. Para contenerse, sólo se le ocurría meter las manos en los bolsillos del batín y apretar los puños.

Junto a él, René, el criado-chófer, muy pálido, miraba también a Alain Duvagier. Pero ya no había nada que decir. Las cosas habían sucedido de modo muy simple: *Monsieur* Sémardin había regresado muy tarde la noche pasada, se había acostado, y, hacia las diez de la mañana, en batín, había aparecido en su despacho. Pocos minutos después, había abierto la cámara acorazada, y allí estaba Duvagier.

Por supuesto, había llamado a René inmediatamente, pero el pobre René, era evidente, no sabía nada de nada. Lo único que sabía, con toda certeza, era que estaba asustadísimo. Eso era todo. ¿La noche pasada? Pues él dormía, naturalmente. Fin.

—Está bien —susurró por fin Sémardin—. Insiste en llamar a

Denise a su piso, René.

—Sí, señor.

El criado fue hacia el teléfono que había sobre la mesa del despacho, pero ni siquiera llegó a tocarlo. Cuando alargaba la mano, afuera se oyó la llegada de un coche, con gran resoplido de motor deportivo. Un frenazo, un gran golpe de portezuela… Un minuto más tarde, la rubia y bellísima Denise Massery, secretaria de Rolland Sémardin, aparecía en el despacho, sonriente, caminando de aquel modo que siempre había encantado a René, pues hacía vibrar sus caderas como si fuesen de caucho; y lo mismo ocurría con el desarrollado y siempre generosamente mostrado busto femenino…

—*Bon jour, bon jour, bon j…! ¿Qué ocurre?*

La alegría matinal de Denise Massery fue sustituida por la sorpresa y la expectación. Se quedó mirando con mucho parpadeo a su jefe, que se limitó a señalar hacia la cámara acorazada. La muchacha fue hacia allá, todavía desconcertada, mirando hacia el interior de la cámara.

Pero en seguida, su mirada bajó hacia el suelo, al percibir allí aquel bulto… Lanzó una exclamación, se llevó las manos a la boca, y se detuvo tan en seco que estuvo a punto de caer hacia delante.

—¡Dios mío! ¿Qué… qué… qué pasa…?

—Es Duvagier —murmuró Sémardin—. Está muerto. Lo he encontrado hace un rato dentro de la cámara, asfixiado.

Las despampanantes piernas de Denise comenzaron a temblar. Consiguió dar unos pasos hacia un sillón, y se dejó caer en él, como alucinada. Sémardin fue a sentarse en un sillón cercano.

—Denise: me han robado las pinturas.

—Oh… ¡Oh!

La mirada de su jefe parecía taladrarla. Le ofreció un cigarrillo, se lo encendió, y siguió mirándola fijamente.

—Gracias… Pero no… no comprendo… ¿Quién ha robado las pinturas? ¿Alain?

—Evidentemente, no, puesto que está aquí muerto —replicó Sémardin; y añadió una respuesta más lógica—: quiero decir que no las tiene él, por supuesto, pero me atrevo a pensar que ha tenido algo que ver con el robo.

—Pe… pero si… si está muerto…

—Han podido matarlo sus cómplices.

—Pero… ¿por qué?

—Seguramente existen mil explicaciones al respecto, Denise. Pero la que se me ocurre parece la mejor: para no repartir con él las ganancias.

—¿Eso quiere decir… que Alain… le ha traicionado a usted?

Rolland Sémardin encendió un cigarrillo para él.

—Si Alain viviera en esta casa, podríamos pensar que sorprendió a los ladrones, ellos le dominaron, y le metieron dentro de la cámara. Pero Alain no vivía aquí. Por lo tanto, si nos preguntamos qué hace aquí, la respuesta sólo puede ser una: vino con los ladrones, como… guía de la casa. Pero, que yo sepa, él no conocía la combinación de la cámara.

—¿Qué quiere decir? —Respingó Denise.

—La cámara ha sido abierta… por las buenas. Nada de nitroglicerina, o cualquier procedimiento violento parecido. Quien la ha abierto conocía la combinación.

—Pero si Alain no la conocía…

—Esto es lo sorprendente. Nadie, excepto yo, conoce la combinación de la cámara. Tú conoces la de la caja de caudales empotrada en la pared —señaló—, pero no la de la cámara. Tampoco la conoce René… Nadie, excepto yo.

—¿Quiere decir con eso que…, que si yo conociese la combinación… desconfiaría de mí?

—Hace muchos años que conocía a Alain Duvagier —susurró Sémardin—, y jamás se me ocurrió que pudiese traicionarme. A ti te conozco hace mucho menos tiempo, Denise.

—¡Señor Sémardin…!

—Calma. Es absurdo que te acuse de haber facilitado a alguien una combinación que desconoces, Denise. Tranquilízate… ¿Cómo has venido tan tarde esta mañana?

—Bueno… Ya sabe… Estuvimos anoche juntos en aquella fiesta…

—La fiesta terminó a las dos de la madrugada, Denise.

—Sí… Bueno, yo me fui con algunos amigos a Montecarlo… Estuvimos jugando en el casino. Luego fuimos a tomar unas copas a un lugar extraño, donde nos divertimos mucho. Se hizo muy tarde. Después, alguien propuso ir a la playa, y así lo hicimos. Cuando nos

dimos cuenta, estaba saliendo el sol… Regresamos a Niza. He dormido un par de horas nada más… No creí que usted se molestase porque llegase un poco tarde…

—Claro que no, qué tontería… ¿Has dormido un par de horas? —se sorprendió—. ¿Dónde? Llevas el mismo vestido que anoche… Por cierto, bastante inadecuado para la mañana, ¿no te parece?

—Es que… no he estado en mi apartamento. Me quedé dormida dentro del coche, en Promenade des Anglais. Estaba tan cansada… Después de dejar a Pascale me quedé dormida dentro del coche, sí.

—¿Has estado toda la noche con Pascale Aubrey?

—Sí. Bueno, y con otra chica más, y tres de los caballeros que estuvieron anoche en la fiesta. Usted me… me está interrogando, señor Sémardin.

—No era ésa mi intención. Sentía curiosidad, eso es todo. Será mejor que vayas a cambiarte arriba. Ponte algo más adecuado.

—Sí, señor…

Denise salió del despacho, y subió a uno de los dormitorios, que siempre tenía a su disposición en la villa de su jefe. En ocasiones, debía quedarse hasta tarde trabajando, y no pocas veces habían tenido que salir de improviso, así que habían decidido que Denise tuviese allí equipaje, siempre lista para salir de viaje sin pérdida de tiempo.

La muchacha se duchó rápidamente, con agua fría. Parecía alucinada, siempre con los ojos muy abiertos… Asustada, ésa era la palabra exacta.

Se puso un encantador vestidito de mañana, de color azul, y bajó de nuevo al despacho. Rolland Sémardin estaba sentado en el mismo sillón, pensativo. René no estaba, pero el cadáver continuaba en el mismo sitio. Sémardin la miró, y señaló el sillón que antes había ocupado Denise, que volvió a sentarse.

—Supongo —murmuró— que habrá que avisar a la policía…

Sémardin la miró con sorpresa, alzando las cejas.

—¿Te parece eso razonable? —Casi sonrió—. Vamos, Denise… Te pago un buen sueldo para que seas una secretaria todo lo discreta que requieren mis… negocios. Hasta ahora, has sido una muchacha inteligente. Dime: ¿crees que puedo recurrir a la policía?

—No… Supongo que no. He dicho una tontería, claro… Pero algo tendremos que hacer, ¿no?

—He estado pensando en ello. Y creo haber encontrado la solución. ¿Has oído hablar de un tal Saint John?

—No… no.

—Yo sí —sonrió torcidamente Sémardin—. El está ahora en Niza… O estaba, hace unos pocos días. Quizá todavía esté en el puerto.

—¿Es un marinero?

—No exactamente —pareció que Sémardin fuese a echarse a reír —. No… No exactamente. A mí no me interesa, por el momento, relacionarme con él, así que irás tú a verle. Está en un balandro al que ha puesto el nombre de *Tiburón*. Le dirás…

CAPÍTULO II

Nathaniel Saint John estaba sentado en la borda de su balandro cuando vio a la morena. Una morena absolutamente despampanante. Esbelta, buena estatura, elegante, flexible, con unas piernas sensacionales, cuerpo superapto para hacer publicidad de trajes de baño de dos piezas…, o mejor de una sola, y gran mata de cabellos, sueltos, suavemente ondulados.

Lo que no pudo ver bien mientras la muchacha descendía por la pasarela del lujoso yate anclado muy cerca de su balandro, fue los ojos. Y con la esperanza de verlos, Nathaniel Saint John permaneció sentado en la borda: con un poco de suerte, quizá la morena del cuerpo superespléndido pasase por allí, en cuyo caso, podría verle los ojos, que, lógicamente, debían ser cosa de otro mundo…

Y lo eran.

Como quiera que, sin la menor duda, Nat era un tipo sobrado de suerte, la morena, en efecto, pasó muy cerca de él, apenas a seis o siete metros, esto es, la distancia entre la borda del balandro y el muelle.

Y entonces, Nat pudo ver el par de ojos más grandes y negros que jamás habían circulado por el orbe. Y tan hermosos y brillantes que, por un instante, Nat quedó sin aliento. Sólo un instante, ya que él era hombre de reacciones rápidas.

—Psssit —llamó—. ¡Psssittt, señorita!

La morena volvió la cabeza, se detuvo, y se quedó mirando a «aquel tipo». Lo que vio no pareció gustarle mucho, y seguramente tenía razón: un sujeto sentado en la borda de un sucio balandro, que por toda indumentaria llevaba unos pantalones que, bajo la mugre, quizá eran blancos. Miró los descalzos pies, que se movían rítmicamente, golpeando el casco de la embarcación; unos pies

enormes, fuertes, robustos.

En realidad, todo en aquel tipo parecía fuerte. Era algo rubiales, de ojos claros y mandíbula de fanfarrón, con una gran bocaza que sonreía con la misma gracia con que podría sonreír la de un tigre. Parecía algo mugriento todo él, pero, en cambio, sus dientes eran blanquísimos. Tenía mucho vello en el pecho, y en la cabeza… Algo así como una escoba puesta al revés.

Inquietante. En verdad inquietante.

—¿Es a mí? —preguntó la morena.

—Sí, sí… Por favor, ¿quiere subir a bordo un momento?

La morena se sorprendió.

—¿Para qué? ¿Qué desea usted? —Receló.

Nat Saint John se puso en pie en la borda, y la muchacha quedó boquiabierta. No sólo por el hecho de que aquel sujeto pudiera mantener el equilibrio allí como si tal cosa, sino por lo impresionante del espectáculo ahora que lo veía a toda página: en aquel cuerpo quemado por el sol había músculos hasta en las orejas.

—Es una cuestión muy importante, se lo aseguro —Nat sonrió angelicalmente—. ¿Tiene miedo de mí?

—Por supuesto que no.

—En ese caso, ¿no sería tan amable de sacarme de un apuro? Es algo que usted puede hacer sin la menor dificultad, señorita. Por favor. Se lo suplico.

La morena vaciló. Por fin, recorrió la estrechísima pasarela, a cuyo extremo la esperaba una mano grande como un capazo, que pareció engullir la suya.

—Con cuidado… Es usted muy amable, señorita…, señorita…

—Fournier.

—Señorita Fournier —asintió Nat, complacido—. ¿Vive usted en Niza?

—No. Estoy de paso… ¿Por qué lo pregunta?

—De paso… Naturalmente, está en algún hotel…

—Naturalmente. Escuche, señor…

—Saint John. Nathaniel Saint John, para servirla. Aunque los que me conocen bien me llaman N. SJ.

—Sí… Bueno, hay ahora mucha costumbre de llamar a las personas por sus iniciales…

—Oh, no. No es por eso que me llaman

N. S. J.,
señorita Fournier, se lo aseguro. Me llaman así porque son las iniciales de las palabras Nacido Simpático y Jovial… ¿Comprende?

La señorita Fournier parpadeó.

—Sí… Sí, claro.

—¿Le parece a usted que nací simpático y jovial?

La muchacha volvió a parpadear.

—Mire, señor Saint John, tengo muchas cosas que hacer en Niza, así que dígame qué puedo hacer por usted…

—¿De verdad tiene usted prisa? Lamentable. La prisa no es buena. Un amigo mío, que es médico, suele decir que los que más de prisa van, son los que antes llegan a la muerte. ¿Qué le parece?

—Me parece que me está usted entreteniendo demasiado, señor Saint John.

—De acuerdo, de acuerdo… ¿No quiere sentarse? Permítame que la ayude…

La tomó por la cintura, la alzó, y la dejó sentada en la borda. Inmediatamente, se sentó él, a su lado, a tiempo, naturalmente, de sujetarla por la cintura cuando la muchacha, despavorida, buscaba algo a que sujetarse.

—¡Me voy a caer…!

—Nada de eso, mientras yo esté aquí. ¿Le gusta a usted el mar, señorita Fournier?

—Sí… Sí, sí, claro…

—Oiga, ¿sabe que tiene usted una cintura de lo más delicado, tierno, flexible y suave…?

—¡Haga el favor de soltarme!

—Por supuesto. No he pretendido molestarla.

Nat Saint John retiró la mano de la cintura de la señorita Fournier… Inmediatamente, ésta lanzó un gritito delicioso, y lanzó sus manos hacia la de Nat, aferrándose a ella.

—¡Haga el favor de soltarme! —dijo cómicamente Nat.

La muchacha le miró, enrojeció de pura rabia, y consiguió saltar a cubierta. Allí, se quedó mirando a Nat de tal modo que éste tuvo la impresión de que lo estaban envolviendo en llamaradas.

—¿Qué es lo que pretende usted? —barbotó la muchacha.

—Por favor, cálmese. Sólo intentaba ser amable… Lo que pasa es que soy un poco rudo, y a veces, pese a mis buenas intenciones,

molesto a los demás. Pero usted parece una persona exquisita, de gran inteligencia, comprensiva… ¿No puede perdonar a este pobre marino? ¿Por favor? ¿Sí?

La señorita Fournier suspiró profundamente, y casi sonrió.

—Está bien… Pero, por favor, terminemos, señor Saint John. ¿En qué puedo ayudarle?

—Es a causa de mi madre…

—¿Su madre? —La muchacha miró hacia la entrada a la vivienda del balandro—. ¿Está enferma, o…?

—Oh, no. ¡Caramba, espero que no! La última vez que tuve noticias de ella, estaba perfectamente. Eso fue cuando estuve en… Sí, en Alicante. Le dije que estaría allí unos días, y me escribió a lista de Correos. Estaba perfectamente, allá en casa, en Estados Unidos… Yo soy norteamericano, ¿sabe?

—Habla usted muy bien el francés…

—Muy amable. Es que hace muchos años que rondo por estos lugares. Un día me dije: Nat, muchacho, aquí estás haciendo el mico… ¿Sabe usted lo que hacen los micos?

—No… Bueno, no sé… ¿Qué hacen?

—Pues comen, se rascan las pulgas, y se pasan el día sentados en una rama. Y duermen, claro. Eso es todo.

—¿Y usted estaba haciendo el mico?

—Sí. Oh, sí, maldita sea mi estampa, ¡estaba haciendo el mico como nadie! Como usted puede apreciar, soy un muchacho inteligente, no mal parecido, y, a la vista está bien claro, todo un atleta… No me fue difícil graduarme en la Universidad, se lo aseguro. Entre mis méritos intelectuales y mis méritos deportivos, todos me querían tanto que cuando vine a darme cuenta, ¡zas!, ya tenía el título de doctor en Ciencias Sociales en el bolsillo… ¿Comprende?

—Bien… No sé… En parte.

—Sí, mujer; que salí de la Universidad y en seguida encontré trabajo bien remunerado, en una empresa de Estudios Psicológicos Para Encuestas… Algo así. Afortunadamente, ya no recuerdo muy bien lo que hacía allí…, salvo que estaba haciendo el mico, claro: iba allá, me enterraba bajo una montaña de papeles llenos de *tests*, pruebas, cuestionarios, formularios… Y así, ocho horas diarias. Luego, salía, me iba a rascar las pulgas, cenaba y me acostaba. Al

día siguiente, lo mismo. Hasta que un día me dije: Nat, muchacho, aquí estás haciendo el mico.

La señorita Fournier parpadeó, una vez más.

—¿Y qué hizo usted? —se interesó.

—Pues vendí todo lo que tenía, conté mis ahorros, comprobé que tenía suficiente para un balandro, que era el sueño de mi niñez, y nada, ¡pues me compré el balandro! Con lo cual, a mis veinticinco añitos que tenía entonces, fui el niño más feliz del mundo… ¿Usted nunca deseó algo fervientemente, cuando era niña?

—Sí… ¡Oh, sí!

—Debe hacer tan poco de eso —sonrió Nat— que seguramente lo recuerda. Dígame, ¿qué deseó fervientemente, señorita Fournier?

—Unos, patines.

N. S. J.

se quedó mirándola atónito.

—¿Unos patines? ¡Pero eso es muy fácil de tener…! Un balandro ya es otra cosa… ¡Pero unos patines…! ¿Sus padres no podían comprárselos, quizá?

—Oh, sí… Pero no quisieron hacerlo. Decían… que era peligroso, que podía caerme, y lastimarme… Ya sabe, romperme un hueso, y cosas así…

—Dios bendito… ¡No es razonable tener un trauma infantil a cambio de conservar los huesos intactos! A mí me han roto los huesos…, ¡qué sé yo!, unas quinientas veces, por lo menos. Jugando al *rugby*, boxeando, en peleas que ¡ay!, jamás volverán con mis vecinos… Mire, toque aquí… ¿Lo nota? Palpe, palpe…

Tomó una mano de la muchacha, y la colocó sobre su antebrazo izquierdo. Y mientras los finos deditos buscaban el abultamiento de la soldadura ósea, Nat Saint John alzó los ojos al cielo, como si allá fuesen a aparecer las imágenes de sus recuerdos.

—Sí, esto fue aquella vez que nos reunimos el grupo de amigotes para ir a robarle las primeras manzanas a míster Hagerty… ¡Pobre Hagerty! Era un buen hombre, se lo aseguro, pero no sé por qué, los chicos la teníamos tomada con él: siempre le robábamos las primeras manzanas, eso era ya una tradición. Un día, míster Hagerty apareció mucho antes de lo que pensábamos… Corría hacia nosotros con un palo de *baseball* en las manos. Santo cielo, ahora sé que jamás lo habría usado contra unos chiquillos, pero entonces, yo

sólo vi a aquel hombre grande, colorado y fuerte que corría blandiendo el *bate* y asegurando que nos iba a dar un escarmiento que jamás olvidaríamos… ¿Qué cree usted que pasó?

La fascinada señorita Fournier, con una manita sobre uno de los velludos brazos de Nat Saint John, preguntó, anhelante, muy abiertos los ojos:

—¿Qué? ¿Qué… qué… qué? ¿Qué pasó?

—Me caí del manzano, y ¡zas!, me rompí el brazo, por aquí. ¿Lo ha notado?

—Sí, sí…

Nat dio una palmadita amable en la mano que tenía sobre su antebrazo.

—Pero no fue nada. Lo sentí más por el pobre míster Hagerty que por mí, de veras. El pobre hombre estaba desconsolado. Fue a ver a mis padres, naturalmente, y les dijo…

La señorita Fournier pareció despertar de un sueño.

—¡Oh, sus padres…! ¡Su madre! ¿Qué, qué me decía usted de su madre…?

—¿De mi madre? Bien, gracias.

—Pe… pero decía que…, que tenía una dificultad a causa de su madre…

—¿Yo? ¡Ah, sí! Sí, sí, sí, desde luego… Cierto. Mire usted, señorita Fournier… Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Nanou… Annette, Annette.

—Pues bien, Annette, estoy seguro de que a usted tiene que haberle pasado lo mismo que a mí. Fíjese: yo solté amarras, y me dediqué a navegar y a correr peripecias, y jamás eché de menos nada de mi vida anterior, nada. Salvo una cosa: el beso matinal de mi mamá.

—Pero… ¿qué tengo yo que ver… con eso?

—Pues al verla pasar, me he dicho: Nat, muchacho, ¿por qué no le pides a esa dulce señorita que te dé el beso matinal, y así no estarás tan triste?

Annette Fournier estaba como paralizada, boquiabierta, estupefacta como nunca en su vida. Cuando, tras unos segundos dedicados a imitar a las estatuas, pudo reaccionar, balbució:

—¿Usted quiere… que yo le dé un beso… matinal… como si fuese… su madre?

—¡Exactamente!

Nunca se sabrá lo que pudo pasar a continuación entre Nat Saint John y Annette Fournier, porque justo en aquel momento, en el muelle, muy cerca de ellos, sonó la voz femenina:

—¿Señor Saint John?

La reacción de Nat y de la morena fue mirar hacia el borde del muelle. Y allá, vieron a la resplandeciente rubia, primorosa con su vestidito azul, como sus ojos. El primero en seguir reaccionando fue Nat, que hizo un gesto de espera a la rubia, diciendo:

—Póngase a la cola: en el *Tiburón* sólo se admiten preciosidades por riguroso turno, nena.

La rubia frunció el ceño, y, muy decidida, recorrió la pasarela, abordó el *Tiburón*, y fue a plantarse delante de Nat, junto a Annette Fournier.

—Es un asunto muy importante —aseguró—. Tengo la certeza de que se alegrará de haberme escuchado, señor Saint John.

—Usted es una aguafiestas, ¿se entera? Podía… ¡Eh, señorita Fournier! ¿Adónde va usted?

—Cedo mi tumo a la señorita, señor Saint John —replicó secamente la bella morena.

Y abandonó el balandro rápidamente.

Nat saltó de la borda, dispuesto a ir tras ella, pero la recién llegada rubia le asió de un brazo, y dijo:

—Doscientos cincuenta mil francos.

—Apártese: ni por todo el dinero del mundo voy a dejar escapar a la morena de mi vida. ¡Ésa es la mujer que…!

—Es un asunto de vida o muerte, señor Saint John… De los que a usted le gustan.

Nat dejó de mirar a la fugitiva Annette para clavar su mirada casi transparente en los ojos de la rubia.

—¿De los que a mí me gustan? ¿Por qué dice eso?

—¿Quiere usted que le explique su vida, o lo resumimos todo diciendo que hace años que vive usted en el Mediterráneo dedicado a meterse en líos, en aventuras que parecen encantarle… a cambio de dinero?

—Me gusta resumir las cosas. ¿Ha dicho doscientos cincuenta mil francos?

—Traducido en dólares, cincuenta mil. Centavo más o menos.

Los transparentes ojos de Nat desaparecieron casi completamente tras los párpados.

—Cien mil —dijo.

—Aceptado.

—¿Le gustaría tomar café en alta mar?

Denise Massery echó un vistazo a su alrededor, como valorando el balandro de velas remendadas, y de nuevo se frunció su ceño. Pero luego, miró al rubio de las greñas, que a su vez la contemplaba con cierta expresión entre amable y sarcástica, y sonrió suavemente.

—Me encantará tomar café en alta mar…, espero.

CAPÍTULO III

—¿Te ha gustado? —preguntó Nat.

Ella le miró maliciosamente, y se estiró, al sol, como una auténtica gatita. Estaban ambos en la pequeña cubierta de popa, tomando el sol del modo más cómodo posible, y por supuesto, en alta mar, así que nadie podía ver lo muy cómodos que estaban.

—¿Qué? —susurró Denise—. ¿El café?

—Claro. El resto de mis obsequios sé que siempre son bien recibidos. Pero el café, a veces, no me sale bien.

—Pues esta vez te ha salido bien… todo.

—Me alegro.

Denise deslizó un dedito por uno de los velludos pectorales de Nathaniel Saint John.

—La verdad es que nunca había conocido un hombre como tú, Nat.

—¿En qué sentido?

—Oh, pues —ella se echó a reír—. ¡Ya me entiendes! ¿Qué te parecería que me quedase a vivir en tu balandro?

—¿Te gusta la mugre? —La miró fijamente Nat.

—¡Por supuesto que no!

—Acabas de perder la mejor oportunidad de tu vida, nena.

—¿Por qué? —protestó ella.

—Tu respuesta tenía que haber sido: «A mí me gusta lo que a ti te guste, Nat, amor mío». ¿Comprendes?

—¿Y a ti te gusta la mugre? —rió Denise.

—No. Lo que ocurre con la mugre es que me tiene sin cuidado. De cuando en cuando, me digo: Nat, muchacho, el *Tiburón* está hecho un asco… Entonces lo llevo a arreglar y limpiar. Ya sabes: velas nuevas, engrase de motores de emergencia, carenarlo,

limpiarlo… Pero es de cuando en cuando solamente. Mientras tanto, yo soy el mismo por muy sucio que esté mi *Tiburón.*

—Estaría más bonito si siempre estuviese limpio.

Nat se tendió boca arriba, y miró de reojo a su invitada con derecho a todos los servicios del balandro. Incluido café.

—Bueno, veamos si lo he entendido bien… Tu jefe, el tal *monsieur* Rolland Sémardin me conoce, de oídas. Sabe que soy un tipo raro, un aventurero, que se ha metido en algunos líos más o menos divertidos…

—Oh, vamos, Nat, hablemos con propiedad. O sea, que mi jefe sabe que eres un aventurero divertido que aceptas trabajos… raros. Tu nombre ha aparecido muchas veces en periódicos y revistas. Hace años que navegas por aquí, vives como un vagabundo normalmente, pero, cada vez que necesitas dinero, encuentras algún que otro trabajo… especial. Incluso se dice que una vez te metiste en un lío de espionaje con los rusos que…

—Está bien, está bien, cachonda. Yo soy ése. Y como quiera que en la actualidad, esos cien mil dólares me interesan, sigamos con el asunto: a tu jefe le han robado unas telas, unas pinturas, vamos… Cuadros de gran valor, según entiendo: del Cézanne ése, o como se llame. Y de otros: Matisse, Renoir… De acuerdo. Esos cuadros estaban en un tubo de plástico, sin marco. Sólo las telas, metidas dentro muy enrolladitas. Pero van unos tipos…

—¿Unos tipos?

—Claro.

—¿Cómo sabes que fueron «unos tipos»?

—Pues, hijita, para coger a un sujeto por el pescuezo y meterlo vivo dentro de una cámara acorazada no creo que sirvan dos o tres hermanas del convento de las Dominicas. ¿Comprendes? Así que vamos a calcular que fueron dos o tres tipos por lo menos… ¿Alguna idea o pista al respecto?

—No.

—Entonces, se entiende que yo debo recuperar esas telas partiendo de una única pista: Alain Duvagier, el administrador en Niza de tu jefe, *monsieur* Sémardin.

—Sí.

—Y además, tengo que deshacerme de un cadáver.

—Sí.

—Que es el cadáver del pobre Duvagier.

—Exactamente.

—El asunto me interesa… Sí, es interesante, sobre todo por un detalle. Y te diré la verdad, ese detalle es el que me impulsa, básicamente, a aceptar el trabajo.

—¿Qué detalle?

—Éste: ¿por qué *monsieur* Sémardin no ha acudido a la policía, simplemente?

—Oh, bueno, es que…

—Tcht, tcht, tcht —chascó la lengua Nat, volviéndose hacia ella —. Nada de mentiras idiotas. Para mí, el asunto está bien claro: el asunto va entre pillos. ¿De acuerdo? Uno de los pillos es tu jefe, que no quiere meterse en líos, y por eso me contrata, por la insignificante cifra de cien mil dólares, para que yo haga el trabajo… discretamente. Otra cosa: ¿tú también eres una… pilla?

—¿Tú qué piensas? —rió Denise.

—Pues… de momento, me pareces una granujilla muy cariñosa. Sí, señor: muy cariñosa. Está bien, el asunto está aceptado, pero impondré un par de condiciones: quiero un coche y algo de dinero… y carta blanca, para hacer las cosas a mi manera.

—Muy bien. Ya te he traído algo de dinero. Respecto al coche, será mejor que lo arregles con mi jefe, cuando vayas a buscar a… a Duvagier.

—Vale. ¿Dónde tienes el dinero?

—En mi bolso, claro.

—¿Y el bolso?

—Lo he dejado con mi vestido.

—Bueno, lo recogeremos luego… ¿Has dicho que Alain Duvagier vive…, vivía en el 76, rué Lamartine?

—Sí. ¿Piensas ir allá?

—Todavía no lo he decidido. De todos modos, cuando lleguemos a Niza de regreso, te vas con tu jefe, y esperáis allí noticias mías.

—De acuerdo. Bueno, yo…

—¿Sí? —La miró expectante Nat.

—Pues… me gustaría que tuvieses ciertas… deferencias conmigo, Nat.

—¿Por ejemplo?

—Deberías decirme a mí antes que a mi jefe lo que vayas

averiguando… Por nada especial, de veras. Bueno, quizá sí. Es que me gustaría hacer méritos a los ojos de *monsieur* Sémardin. El tiene la seguridad de que tú vas a solucionarle el problema, y a mí me gustaría que comprendiese que yo también soy útil, que te he ayudado…

La mirada de Nat Saint John no podía ser más irónica.

—¿Debo entender que piensas ayudarme?

—Oh, sí.

—¿De qué modo?

—No sé… Yo también investigaré cosas por ahí, y si me entero de algo interesante, te lo diré. Quiero decir con esto que…, que los dos podríamos trabajar… unidos.

—¿De manera que a eso debo toda tu… cariñosa granujería?

—He sido sincera contigo… en todo. Y lo único que te pido es que me ayudes a hacer méritos ante *monsieur* Sémardin. Me gustaría… introducirme más en sus negocios, ganar más…

—Ya. Bueno, eso no tiene nada de malo, supongo.

—Claro que no —sonrió Denise—. ¿Me ayudarás?

Nat se inclinó a besar los rojos labios de la bella rubia, y luego se puso en pie, estirando su tremenda musculatura al sol.

—Me parece que ya es hora de que regresemos. Vamos a vestirnos.

Quince minutos más tarde, para pasmo de Denise Massery, el mugriento sujeto parecía otro. Se había afeitado y peinado, y además, llevaba un traje de corte impecable, zapatos, corbata… Increíble, pero cierto.

—Pero… ¿eres tú? ¿Eres el mismo?

—Por dentro, siempre soy el mismo.

—Ahora pareces… No sé… Uno de esos importantes ejecutivos que salen en las películas de tu país.

—¿Sabes? —Torció el gesto Nat Saint John—. Eso que acabas de decir me ha herido profundamente, Denise.

—Lo siento —rió ella.

—Pongamos rumbo a Niza. Al llegar, tú te vas a casa de tu jefe, y repito: esperáis allí noticias mías. Como hasta la noche no pienso hacerme cargo del cadáver, tenemos tiempo. No impacientaros… ¿Está claro?

—Clarísimo. ¡Estás muy guapo, Nat!

Saint John volvió a torcer el gesto.

—Un ejecutivo —gruñó—. Supongo que has querido decir un mico sentado en la rama de un árbol quitándose las pulgas…

CAPÍTULO IV

Hacia las nueve y media, un taxi se detuvo en el principio de Avenue des Arénes, en Cimiez, el barrio residencial, y Nat Saint John se apeó, tras pagar la carrera. El taxi emprendió el regreso hacia el centro de Niza, y Nat siguió avenida arriba, hasta encontrar el número 11 en las columnas blancas que sostenían las verjas de hierro forjado.

—Once, Avenue des Arénes… Aquí es.

Tiró de la cadenita, y oyó la campanilla. Le hizo gracia el sonido, y volvió a tirar. Y lo hizo otra vez, y otra, y otra… Un hombre llegaba corriendo de la casa con gran porche de blancas columnas y bien iluminado que se veía al fondo. Se detuvo jadeante al otro lado de las verjas, mirando con expresión desorbitada a Nat.

—¿Qué…, qué desea?

—Hola, René —sonrió Saint John—. ¿O no eres René?

—Sí, señor…, soy René… ¿Quién es usted?

—Soy el tío que os va a sacar del apuro. Oye, suena bien esta campanilla, ¿verdad? Y seguiré haciéndola sonar si no abres.

—Sí, señor… ¡Abro en seguida!

Lo hizo rápidamente, en efecto. Nat dio un paso, miró la cadenita, sonrió, y volvió a tirar de ella.

—Preciosa, preciosa —insistió, pasó, cerró la verja él mismo, y le pasó un brazo por los hombros a René—. ¿Y qué, René, viejo amigo? ¿Cómo va la vida?

—Oh, va bien —René respingó—. ¡Pero yo no le conozco a usted, señor!

—¿Quieres decir que no eres un viejo amigo?

—Bueno… Me parecería un honor, sí, pero la verdad es que…, que es la primera vez que lo veo… ¿O no, señor?

—No, hombre. La primera vez fue hace veinte segundos, o quizá medio minuto. Medio minuto ya, ¿te das cuenta? ¡Cómo pasa el tiempo, René, viejísimo amigo! ¿O vas a decirme que el tiempo no pasa?

—Sí, sí, claro… El tiempo pasa…

—Pues no, señor —Nat comenzó a caminar hacia la casa, como abrazando al desorientado René—. El tiempo no pasa, arcaico amigo. Los que pasamos somos nosotros, como bolitas de humo de pipa fumada en lo alto de una montaña. ¿Te das cuenta? ¡Ah, René, René…! Vetusto amigo, convéncete: el tiempo no pasa. ¿De acuerdo?

—Bueno, señor…

—Pero hombre, si eso está clarísimo… Vamos a ver: ¿alguna vez has visto envejecer al tiempo?

—No… No, no, claro…

—Claro. El muy indecente… ¡Siempre joven, siempre igual! Cuando yo era niño, me asomaba todos los días a la ventana de mi dormitorio, a ver pasar el tiempo… Y no. Nunca pasaba. Eso sí: salía el sol, se daba su paseo por el cielo, y se marchaba…, para volver a salir. Es decir, no salía el sol, sino que la Tierra, al girar… ¿Comprendes, René?

—Sí, señor, desde luego.

—Y aún, el sol, pues se hace viejecito… Tiene una barbaridad de años. ¡Qué sé yo, dos billones, o tres, o algo así…! Mucho mucho tiempo. El sol, ¿ves?, sí se hace viejecito también. Y la luna, y las estrellas… Pero ¿el tiempo? ¡A ése no hay quien lo mueva, créeme, prehistórico amigo! ¿No te parece irritante?

—Pues ahora que lo dice…, sí, señor, sí…

—A mí me saca de quicio. Una vez conocí a una muchachita preciosa… Preciosa, preciosa, preciosa… De veras, René: yo tengo muy buen gusto para el seso opuesto…

—Querrá decir el «sexo» opuesto, señor…

—No, hombre. Lo de «sexo» lo entiendo muy bien…, aunque yo no lo llamo *opuesto*, sino *complementario* ¿Capta la idea?

—Sí, señor… Ji, ji, ji… ¡La capto, señor!

—Eres un pícaro. Apuesto a que a ti también te parece complementario el otro sexo. Pero hablábamos del «seso» opuesto. Ya verás cómo me das la razón: ¿alguna vez has visto algo más

diferente al mecanismo pensatorio de un hombre que el mecanismo pensatorio de una mujer? Reflexiona, René.

—No tengo que reflexionar, señor… ¡Son tan diferentes a nosotros en eso de pensar!

—¿Lo ves, hombre? Bueno, aclarado eso del seso opuesto, te contaré lo que pasó con aquella muchacha…, aunque no sé por qué iba a contártelo… ¡Ah, sí, por eso de que el tiempo no pasa y nosotros sí pasamos! Pues verás, conocí a una muchacha que era una preciosidad. Ella debía tener unos… catorce años, pero ya… ¿comprendes? —Trazó unas curvas en el aire—. ¿Comprendes, René?

—Sí, señor… ¡Ji, ji, ji!

—Bueno, pues eso. Yo tenía entonces quince o dieciséis años. Estaba loco por aquella chica. Un mal día, su padre cambió de trabajo, y la familia se largó de allí… Quedé desconsolado… durante un par de horas. Es que habían más chicas por allá, ¿comprendes?

—¡Ji, ji, li!

—Observo que comprendes. Pero vamos a acortar la historia. Algunos años después, me encontré a la chica aquélla… Bueno, ella me encontró a mí. Yo iba por la calle, y se me acercó una mujer gorda, con unos senos así y unas caderas de este tamaño… Se plantó delante de mí, y gritó: «¡Nat… Nat Saint John!». Fue terrible… Yo me quedé mirándola, y le dije: «¿Es a mí, abuelita?». Ella…

—¡Ji, ji, ji…! ¡Ji, ji, ji!

Nat palmeó un hombro a René, sonriendo.

—Sí, señor… Mi dulce flor se había convertido en una especie de… calabaza, René, antiquísimo amigo. ¿Y sabes por qué?

—¡Por el tiempo!

—Por el maldito tiempo que siempre está igual, día tras día, mes tras mes, año tras año, siglo tras siglo, milenio tras milenio…, pero que a nosotros nos va chinchando a lo bestia. Yo mismo, sin ir más lejos, hace treinta y dos años era un hermoso, sonrosado y rollizo bebé que era el encanto del mundo… ¿Y en qué me ha convertido el maldito tiempo? ¡Pues ya lo ves, en un tipazo que quita el resuello a las chicas! Vamos, así lo creo yo. ¿Qué dices tú?

—¡Yo estoy de acuerdo con usted, señor!

—René, amigo antediluviano, eres inteligente. Y me voy a permitir usar y abusar de tu inteligencia. Vamos a ver: según tú…, ¿por dónde entraron los tipos que se llevaron esos pedazos de telas manchadas que valen millones?

—¿Eh?

—Hombre, no te desconciertes ahora… ¿Por dónde crees que entraron?

—Pues no sé, señor… No sé.

—Eso quiere decir que no habéis encontrado forzada ninguna cerradura. Ni ninguna ventana.

—No… No, desde luego.

—Eso nos lleva a una conclusión… Pero me gustaría comprobar una vez más que eres inteligente. Si tú entras en una casa que no es tuya, sin permiso del dueño, y sin forzar ninguna cerradura…, ¿por dónde y cómo has entrado?

—Por… por la puerta…

—¿Sin tener llave?

—Oh, no. Tendría que tener una llave, claro…

Nat Saint John, que se había detenido ante la casa, siempre abrazando a René por los hombros, se quedó pensativo, frunciendo el ceño.

—¿Y tú estabas durmiendo, René?

—Sí, señor.

—¿Y no le habías entregado a nadie ninguna llave de la casa?

—¡No, señor!

—¿Sabes si *monsieur* Sémardin ha registrado los restos mortales por ahora insepultos de Alain Duvagier?

—No…, no lo sé, no…

—Pues vamos a preguntárselo. Oye: ¿qué tal *whisky* tenéis por aquí?

—Para usted, del mejor, señor. ¿Con hielo solamente?

—Vetustísimo camarada de los senderos de la vida: tú entiendes a las personas de bien. Y ahora, vamos a ver al señor Sémardin.

Rolland Sémardin estaba en su despacho, mordiendo un cigarro habano y mirando nerviosamente hacia la puerta cuando en ésta apareció Nat Saint John. El cual, con un solo vistazo, pareció fotografiar hasta el último rincón. Se acercó a Sémardin, mirándole inexpresivamente, y preguntó, sin tender la mano:

—¿Dónde está Denise?

Sémardin se desconcertó.

—Por ahí… No sé. ¿Usted no lo sabe?

—No.

—Ella me dijo que estaba… colaborando con usted.

—Ah, sí —Nat alzó las cejas—. Es cierto, se habló algo de eso. ¿Tiene preparado el coche y el dinero?

—Sí, sí… Oiga, va usted muy de prisa…

—No he venido aquí a contarle historias de murciélagos, señor Sémardin. ¿O se dice de vampiros…? Siempre me hago un lío con eso de vampiros y murciélagos… ¿Cuáles son los que chupan la sangre?

—Los vampiros —masculló Sémardin.

—No hay manera de que lo recuerde —movió la cabeza Nat; de pronto tendió la mano derecha, pero con la palma hacia arriba—. Cien mil, señor Sémardin.

—¿Ya? ¿Todo? Había pensado que un anticipo…

—Ta-ta —movió la cabeza Nat—: Cien mil *ahora.*

Rolland Sémardin vaciló, pero finalmente abrió la caja fuerte empotrada en la pared. Sacó cinco fajos de billetes, que tiró sobre la mesa. Cerró la caja, y se quedó mirando a Saint John, que contaba sosegadamente los billetes. Luego, se los guardó repartiéndolos en los bolsillos interiores de la chaqueta.

—¿Y el coche?

—René alquiló uno, que tenemos escondido en el jardín. Éstas son las llaves —se las tendió Sémardin—. ¿Cómo piensa deshacerse del cadáver?

—Descansará para siempre en las profundidades del Mediterráneo. ¿Le parece bien?

—Sí. Será mejor que se lo lleve cuanto antes… He pasado un día angustioso, con un muerto en casa…

—¿Lo registró usted?

—¿A quién? ¿A Duvagier? —Sémardin parecía estar viendo visiones—. Pues no… No. Sólo lo tocamos para empujarlo dentro de la cámara…

—¿Para empujarlo dentro? ¿Acaso no estaba ya dentro?

—No. Bueno, sí… Bien, es que al abrir la puerta, él me cayó encima. Estaba… Estaba apoyado en la puerta, de cara, con los

brazos en alto… Me cayó encima, yo me aparté, y cayó… fuera de la caja. Luego lo… lo empujamos dentro. Y ahí sigue, esperándole a usted. Bueno, quiero decir…

—Abra —cortó Nat.

Sémardin abrió la puerta de madera. Luego, la de acero, tras manipular en los mandos de modo que con su cuerpo ocultaba éstos a Saint John, que se limitó a sonreír sarcásticamente.

La gruesa puerta de acero fue abierta. Nat entró, y se arrodilló junto al rígido cadáver de Alain Duvagier, cuyo aspecto había empeorado, y, ciertamente, comenzaba a oler de un modo desagradable.

Saint John encontró en seguida el manojo de llaves en uno de los bolsillos de Duvagier, y se volvió, tendiéndolas a Sémardin, que estaba tras él.

—¿Sabe usted de dónde son estas llaves?

Sémardin las miró, palideció, y comenzó a lanzar maldiciones, pero Nat no le hacía caso. Seguía registrando los bolsillos de Duvagier: encendedor, cigarrillos; otro manojo de llaves, más pequeñas; documentación; pañuelo; bolígrafo y pluma; dinero… Fin. Lo colocó todo en el pañuelo extendido, anudó los cuatro extremos, y metió el paquetito en un bolsillo interior de la chaqueta de Duvagier, de cualquier manera.

Asió el cadáver por las axilas, y tiró de él. El cadáver se arrastró sin perder su forma retorcida, trágica. En la puerta del despacho, René lo miraba con ojos desorbitados, muy pálido.

—Necesito una manta —dijo Nat, mirándole.

René fue a buscarla, y Nat salió del despacho tras él. En el jardín, encontró el coche, que llevó ante las columnas. Entró de nuevo en la casa, localizó el interruptor de la luz del gran porche, y la apagó. Luego, volvió al despacho, donde René esperaba ya con una manta. Saint John envolvió el cadáver con ella, sujetándola con trozos de cordel que fue sacando del bolsillo, y que parecían hechos a la medida. El paquete que quedó era perfecto, una obra de arte. Pero además, luego lo aseguraría con alambre, y finalmente con una cadena a la que ataría un peso tal que Alain Duvagier jamás podría flotar…

Durante toda la operación, el silencio en el despacho fue incluso inquietante. René ya no sabía qué hacer ni adónde mirar. Por fin,

Saint John se irguió.

—¿No abrieron la caja pequeña, señor Sémardin? —preguntó de pronto.

—No.

—¿Debo entender que despreciaron cien mil dólares? —Se tocó Nat los bolsillos donde había guardado los fajos de billetes.

—Anoche no había dinero en la caja. Esta cantidad la he traído hoy a casa para atender el pago de usted… Aunque no esperaba tener que pagarle todo lo convenido.

—Pero es extraño que unos tipos capaces de abrir una cámara como ésta, no echen un vistazo a la caja pequeña, mucho más fácil de abrir, ¿no le parece?

—No sé —encogió los hombros Sémardin.

—¿Quién conoce la combinación de ambas cajas?

—Yo, de las dos. Denise, sólo de la pequeña.

—¿De la grande sólo usted la conoce?

—Sólo yo.

Nathaniel Saint John quedó pensativo durante más de un minuto, antes de murmurar:

—He estado curioseando…, por supuesto clandestinamente, en el apartamento de Alain Duvagier, en el 76, rué Lamartine. Allí no hay absolutamente nada que pueda ayudarme en el inicio de la búsqueda de las pinturas. Y muerto el propio Duvagier…, ¿qué le parece que puedo hacer yo, señor Sémardin?

—Eso es cosa suya.

—Ahí quería llegar: carta blanca. ¿Se lo dijo Denise?

—Sí.

—Perfecto. Si ella se interesase por mí, o usted tuviese que decirme algo importante que recordase de pronto, me encontrarán en el Negresco. He conseguido una pequeña habitación allá… Quiero con esto decir que mi balandro deben olvidarlo, por el momento. Si puedo evitarlo, prefiero…

El timbrazo del teléfono sobresaltó a Sémardin y a René, pero no a Saint John, que lo miró con viveza, simplemente. Sémardin descolgó el auricular.

—¿Diga?

—…

—Oh. Sí, está aquí. Precisamente, preguntaba por ti… Un

momento —tendió el auricular hacia Nat—. Es para usted: Denise.

—Ah, magnífico —Saint John se acercó, y tomó el auricular—. Dime, Denise. Denise… Dime. ¿Denise?

—¿Qué pasa? —Se intrigó Sémardin.

—Juraría que ha colgado…

—¡Qué tontería…! —Sémardin quitó el auricular de la mano de Nat, que se limitó a mirarle divertido—. ¡Denise! ¡Denise!, ¿qué…? No contesta…

—A lo peor, ella sí contesta, pero resulta que nosotros somos sordos o tontos. En especial, yo. ¡Hombre…! —Vio entonces el vaso de *whisky* con hielo en una bandeja sobre la mesa, y lo tomó, volviéndose hacia René—. Supongo que esto es para mí, René.

—Sí, señor.

—Gracias, majo. Veamos —bebió un trago, entornó los ojos, se pasó la lengua por los labios, y asintió, complacido—. Eres un hombre de palabra, René. ¿Tú sabes dónde vive Denise?

—Sí, señor. He ido con frecuencia allí…

—¡Ah, pícaro!

—No, señor —sonrió de oreja a oreja René—. He ido allí solamente por encargos del señor Sémardin. Vive en el 9, rué Trechel.

—Eres un informador nato, René. Señor Sémardin —lo miró amablemente—, ¿qué tal si cuelga el teléfono? A lo mejor, Denise llama de nuevo, y obtiene la señal de comunicar.

Rolland Sémardin soltó un refunfuño, y colocó el auricular en el soporte. Nat fue a sentarse de nuevo a un sillón, y se quedó allí, tan tranquilo, como si no tuviese otra cosa que hacer, sino paladear el excelente *whisky* que le había servido René.

Tres o cuatro minutos más tarde, durante los cuales reinó el silencio y la inmovilidad en el despacho, Nat Saint John terminó el *whisky*, y se puso en pie.

—Si Denise vuelve a llamar más tarde —musitó—, dígale que estoy en el Negresco. Nada del balandro, ¿de acuerdo?

—Está bien —asintió Sémardin.

El ex mugriento marino dejó el vaso, fue hacia el cadáver, y se lo cargó en un hombro como si tal cosa. Seguido de René, salió de la casa, y metió el bulto en el portamaletas del coche…

—Tiene usted mucha fuerza, señor.

—Sí. Una vez, doblé una esquina.

—Ji, ji, ji…

—Es un chiste viejo…, pero tú también eres viejo. ¿Cuántos años tienes, René?

—Cincuenta y ocho, señor.

—Oh, bueno… Todavía debes funcionar bastante bien, supongo. ¿Te gustaría seguir funcionando muchos años más, René?

—Sí, señor, por supuesto.

—Entonces, sigue el consejo de un tipo que las ha visto de todos los colores: lárgate de esta casa.

—¿Que… me largue?

—Sí, hombre. Que te des el bote, ¿comprendes? Que te las pires, vamos. Y ahora, seguro, me vas a preguntar: ¿por qué?

—¿Por qué, señor? —sonrió René.

—Porque eres solamente un pobre infeliz, y no te ofendas. Yo llamo infeliz a la persona que vive apaciblemente, aceptando todo lo que le echen, sin protestar. También se le podría llamar un buenazo.

—Quizá se esté equivocando conmigo, señor.

—No. ¿Te parezco un idiota charlatán, René?

—No… No señor. Idiota, no, pero sí habla mucho…

—¿Y sabes por qué hablo mucho?

—¿Por qué, señor?

—En tu caso, para ver qué tal persona eras. Yo voy y le cuento cosas a la gente, mientras la gente me escucha y reacciona, yo estudio a la gente, y así, siempre llevo la mejor parte, pues muy pronto me hago una idea bastante clara de con quién estoy tratando.

—¿Y yo le he parecido un infeliz?

—Más o menos. Digamos que no has sido tú quien ha facilitado esas llaves a Alain Duvagier. Tampoco has sido tú quien ha conseguido de alguna manera la combinación de la cámara acorazada. Tampoco has sido tú quien le dijo a los tipos del robo que en la caja emporrada no había nada que valiese la pena, de modo que ni la tocaron. Tampoco has sido tú, por fin, quien les dijo que anoche el señor Sémardin y la señorita Denise no estarían en casa, que él regresaría bastante tarde… ¿Verdad que no has sido tú, René? ¿Tienes temple para todo eso?

—No —balbució René—. Claro que no, señor.

—Entonces, ¿quién crees que puede haber facilitado todos esos datos a los ladrones de pinturas?

—Pu…, pu… pues…, ¡la señorita Denise!

—¿Y por qué no el propio *monsieur* Sémardin, René?

—¿Qué? ¿Eh? ¿Qué, cómo…?

—Ancianísimo amigo, si tuviese tiempo te contaría la historia de mi vida, y comprenderías perfectamente que yo desconfiase hasta de mi abuela. Pero no tengo tiempo. Sólo te diré una cosa: estás metido hasta el pescuezo en un rebaño de ratas… ¿Rebaño? ¿Tú sabes cómo se llama a la reunión de muchas ratas?

—No… No, señor…

—Pues yo tampoco. Vaya —se rascó la nuca—. ¿Lo ves? Uno no es nunca lo bastante culto… ¿Será camada?

Camada de ratas… No sé. Tendré que recurrir a una enciclopedia. Mientras tanto, te deseo un feliz viaje lejos de aquí. Y si no te largas, peor para ti. Puede que tú seas un poco sinvergüenza, claro, ya que trabajas para el señor Sémardin, pero… nunca serás tan sinvergüenza como él y la gente con la que está en tratos. ¿Has visto que me ha pagado cien mil dólares sin rechistar prácticamente?

—Sí… Sí.

—Pues si a mí me paga esa cantidad por recuperar los lienzos robados…, ¿cuánto valen esos cuadros? Haz cálculos. Y eso de que no haya avisado a la policía… René, cochambroso amigo, espero por tu bien que nunca volvamos a vemos.

Se metió en el coche, y partió.

CAPÍTULO V

Desde la villa de Rolland Sémardin se fue directo hacia la rué Trechel, en la cual dejó estacionado el coche cargado todavía con el cadáver de Alain Duvagier. Buscó el número nueve, y, sin vacilar, se metió en el portal.

En los buzones para la correspondencia localizó el perteneciente a *mademoiselle* Massery, en el cual constaba el número de su apartamento, en el primer piso. Siguió pasillo adelante, y apareció en un bonito patio adornado con muchas flores y dos limoneros. Había un encantador banquito pintado de blanco y azul junto a unos rosales, y, en el centro del patio, un bonito surtidor que vertía su chorrito de agua en el estanque circular.

A la derecha, la escalera que ascendía hacia la galería a la que daban las puertas de los apartamentos.

«Pues es un buen sitio éste —pensó Nat—. Muy agradable».

Llegó en pocos segundos ante la puerta del apartamento de Denise, y llamó. Primero al timbre. Luego, con los nudillos. Finalmente, puesto que no obtenía respuesta, ni la puerta cedía, recurrió al mismo procedimiento utilizado para entrar en el piso de Duvagier: esto es, a la pequeña ganzúa que llevaba en el tacón de un zapato.

Fue cuestión de segundos abrir la puerta. La empujó, entró cerrando rápidamente, y tanteó en busca del interruptor, que localizó en seguida. Encendió la luz, llamando al mismo tiempo:

—¿Denise…?

Y ya no dijo nada más.

Se quedó mirando a los dos tipos que le apuntaban con sendas pistolas. Por un instante, en los transparentes ojos de felino de Nathaniel Saint John apareció un destello frío, cruel, malvado

incluso… Pero en seguida, sonrió amistosamente.

—Hola —saludó—. ¿No está Denise?

—Regístralo, Burel —musitó uno de los tipos.

Burel se adelantó, moviendo amenazadoramente la pistola, pero Saint John continuó sonriendo.

—¿Son ustedes de la policía? —preguntó.

—Es gracioso el tipo, ¿eh, Thierry? —sonrió perversamente Burel—. ¡De la policía…!

—¿No son de la policía? —Nat parecía un ingenuo asombradísimo—. Entonces…, ¿cómo se han atrevido a entrar en un domicilio privado?

—Pero que muy gracioso —insistió Burel—. ¿Y usted, amigo? ¿Es de la policía?

—Sin ofender —protestó Nat.

—Pues entonces…, ¿cómo se ha atrevido a entrar en un domicilio privado? Venga, levante esas manazas y colóqueselas en la nuca, como si fuese a echar una siesta en un pajar. ¿Me comprende?

—Perfectamente. ¿Entiendo que Denise no está aquí?

—No está.

—Ya… ¿Y para qué la buscan ustedes?

—Vamos a proponerle que se presente a la elección de *Miss* Universo.

—Eso le gustará. Aunque me temo que está un poco…, ¿cómo diría yo?…, un poco demasiado rellenita para esas lides. Para la vida… social está como un tren, pero para esos concursos le sobran magras.

—Oye, tú, es verdad —sonrió aviesamente Thierry—: este tipo es un gracioso.

—Ustedes sí que son graciosos —dijo Nat—. Al menos, a mí me lo parecen, porque si no conocen a Denise…, ¿para qué la buscan?

—¿Y quién le ha dicho a usted, tío listo, que no la conocemos? —masculló Burel.

—Ah. Y a lo mejor, hasta conocían ustedes a *monsieur* Alain Duvagier… ¿A que sí?

Thierry se adelantó, y metió la punta del silenciador en el vientre de Nathaniel Saint John.

—Escuche, amigo…

Esto sucedía al mismo tiempo que Burel, que finalmente se había decidido a registrar a Nat, sacaba dos fajos de billetes, que se quedó mirando fascinado.

Y esta expresión de amoroso asombro era la que tenía en su rostro cuando recibió en éste el codazo propinado por Nat al girar éste el torso con fuerza, velozmente. El trastazo envió a Burel al suelo, saltando por el aire la pistola y los dos fajos de billetes… En cuanto a Thierry, todavía tuvo peor suerte: en su giro, Nat se apartó de la pistola, de modo que la bala disparada por Thierry fue a rebotar en una pared… Una fracción de segundo más tarde, la mano izquierda de Saint John asía la muñeca derecha de Thierry, apartando definitivamente el arma de la zona peligrosa.

Simultáneamente, el puño derecho de Nat se hundía en el estómago de Thierry, con sordo impacto, y con tal fuerza que desapareció, como si lo hubiese perforado. Fue en verdad un zambombazo tremendo, que dejó a Thierry completamente al margen de la cuestión. Desencajado el rostro, los ojos casi fuera de las órbitas, la boca abierta angustiosamente, Thierry cayó hacia delante, como un saco, en cuanto Nat retiró su puño, saltando hacia Burel, que gateaba hacia su pistola.

Uno de los enormes pies de Nat Saint John, calzado con un caro modelo deportivo de gruesa suela, cayó sobre aquella mano, clavándola al suelo. Burel lanzó un grito ahogado, y alzó la desorbitada mirada hacia el gigante que aquel día se había afeitado y peinado…

Si no hubiese alzado la mirada, es decir, al mismo tiempo la cara, le habría ido mejor: el puntapié le habría acertado en el pecho, o quizá en el cuello. Pero como levantó la cara, recibió el punterazo en plena boca, cuyas posibilidades de masticar alimentos sólidos quedaron reducidas a un quince por ciento. Se movió como si fuese un *puching-ball*, porque a pesar de la fuerza del puntapié, que le habría enviado lejos rodando, Saint John seguía a todo peso sobre su mano, clavándolo allí.

Así que, tras una extraña vibración y gran meneo de cabeza, Burel se quedó allí, con la boca hecha papilla sangrienta, y sin conocimiento.

Durante dos o tres segundos, Nat Saint John continuó pisando aquella mano. Luego, se rascó la nuca, y «bajó» el suelo.

—O yo soy una fiera, o estos dos son pura basura —reflexionó.

Lo primero que hizo fue recoger su dinero, que guardó cariñosamente. Luego, les quitó los cargadores a las dos pistolas, y se los guardó. Finalmente, se dispuso a registrar a los dos desdichados.

No le sirvió de nada. Uno se llamaba Jacques Burel, y el otro, Pierre Thierry. El primero había nacido en Burdeos, y allá constaba su domicilio. El segundo, era marsellés, y su domicilio constaba en París.

—Pues con esto y sabiendo la edad que tienen no creo que consiga gran cosa.

Se incorporó, observó que el llamado Thierry comenzaba a moverse y a gemir, y fue hacia él. Lo puso en pie, amablemente. Thierry le estaba mirando, turbia la expresión, semiinconsciente.

—Muchacho —dijo Nat—, eres un flojo. Necesitas mucho mucho entrenamiento en los músculos abdominales. ¿Y sabes cómo puede uno entrenar sus músculos abdominales para resistir golpes como los míos? El procedimiento es sencillo y único: recibiendo golpes…, hasta que te acostumbres.

Cuando recibió el puñetazo en el mismo sitio, pareció que Pierre Thierry fuese a sacar los pies por la boca. Nat lo soltó, alzó las cejas al verlo rodar por el suelo, y comentó:

—Necesitas más entrenamiento.

En quince segundos, recorrió el apartamento de Denise, la cual, ciertamente, no estaba allí. Un vistazo al armario le convenció de que no se había marchado… Es decir, que no había hecho sus maletas para largarse de Niza. Todo estaba como si la bella rubia fuese a volver de un momento a otro.

—Pero dudo mucho que vuelva —susurró Nat—. Tengo la impresión de que sabe perfectamente que estos tipos la están buscando. Y parece que ella no tiene interés en que la encuentren.

Regresó al recibidor, estuvo unos segundos contemplando a Burel y Thierry, y, finalmente, salió del apartamento. Poco después salía a la calle. Fue a su coche, se sentó ante el volante, y encendió un cigarrillo, con la mirada fija en el portal del 9, rué Trechel.

Seis o siete minutos más tarde aparecieron Burel y Thierry. El primero caminando como si sus piernas fuesen de algodón, y con las manos en el vientre. El segundo, con un pañuelo ante la boca. Se

metieron en un coche estacionado más arriba, y partieron.

Y naturalmente, detrás de ellos partió Nat, con su coche cargado con un cadáver y sus bolsillos cargados con cien mil dólares.

«Es una imprudencia —pensó—. ¿Y si me asaltase un caco?».

Miró su reloj de pulsera. Eran las once veinte de la estrellada, apacible y aromática noche nizarda. Sí, señor. A Nathaniel Saint John le gustaba Niza, le gustaba Francia, y le gustaba, en general, el perfume, el clima y el ambiente del litoral Mediterráneo…

Poco después de las once y media sabía que estaban en Les Baumettes, el elegante barrio residencial.

«Claro —se dijo—, toda la gente que interviene en esto está acostumbrada a manejar millones. Veamos… Supongamos que en ese tubo de plástico que me describió Denise puedan caber… cinco o seis telas de Matisse, Renoir y compañía… ¿Cuánto pueden valer esas seis telas? No creo que Sémardin se haya desprendido de cien mil dólares por algo que valga por lo menos, diez veces más. ¿Un millón de dólares, entonces? ¿Dos? Cualquiera sabe… Esos cuadros valen lo que uno quiera o pueda pagar por ellos. Pero supongamos que valgan dos millones de dólares. Entonces, según mi tarifa de intervenciones en… *affaires extraordinaires*, que es el diez por ciento, me corresponden doscientos mil dólares, no cien mil… ¡Será estafador el tipo!».

El coche en el que iban Burel y Thierry se había detenido ante las verjas de una de las elegantes mansiones, y Nat detuvo el suyo, siempre a cautelosa distancia. Las verjas fueron abiertas, el coche entró, y de nuevo fueron cerradas.

Nathaniel Saint John encendió otro cigarrillo, y estuvo allí hasta que lo consumió, pensando.

Luego, puso de nuevo en marcha el coche, y emprendió el regreso al muelle.

Eran las doce y cuarto cuando el balandro *Tiburón* se hacía a la mar.

Hacia las cuatro de la madrugada, el *Tiburón* regresó a puerto, y Nathaniel Saint John, tras desembarcar, se dirigió a pie hacia el hotel Negresco. Todo estaba en orden, por el momento: había tirado al mar, en zona bien profunda, el cadáver de Alain Duvagier, sin remordimiento alguno, pues a fin de cuentas, estaba bien claro que el tal Duvagier era… había sido un canallita; el dinero estaba bien

escondido en el *Tiburón*, de tal modo que para encontrarlo, tendrían que desencuadernarlo… ¡Si lo sabría él! Además, sabía dónde podía encontrar a Thierry y a Burel: en aquella mansión en la que, posiblemente, estaban los cuadros robados a Sémardin.

Pero, faltaba un detalle: ¿dónde estaba Denise Massery? Y era un detalle que le interesaba, antes de seguir metiendo los pies en aquel cepo.

El adormilado conserje del Negresco se quedó mirándolo de tal modo que Nat sonrió amablemente.

—No soy un fantasma. Sólo soy un cliente del hotel que le pide, por favor, la llave de su habitación: la 37…, *please*.

El hombre asintió, tomó la llave del casillero, y un papel que había en éste. Ya se había despertado completamente.

—Le han estado llamando por teléfono, señor Saint John.

—¿De veras?

El hombre le tendió el papel, en el que ponía:

«Recados para *monsieur* Saint John»:

- «*Mademoiselle* Massery ha llamado a las… 22,25.»
- «*Mademoiselle* Massery ha llamado a las… 23,15.»
- «*Mademoiselle* Massery ha llamado a las… 00,35.»
- «*Mademoiselle* Massery ha llamado a las… 01,30.»
- «*Mademoiselle* Massery ha llamado a las… 03,20.»

—Dígame una cosa: ¿*mademoiselle* Massery no ha llamado de nuevo, después de las tres veinte?

—No, señor.

Nat señaló el teléfono sobre el mostrador.

—¿Me permite?

—Naturalmente, señor.

Marcó el número, y casi medio minuto más tarde, cuando ya empezaba a mosquearse, sonrió de pronto.

—Buenos días, René.

—¡…!

—En efecto, soy yo, tu apolillado amigo. ¿Todavía no te has marchado?

—…

—Ingeniosísimo. Y cierto: si te hubieses marchado, no estarías hablando conmigo. René, ¿estuvo ahí Denise después de marcharme

yo?

—…

—Ah… Telefoneó, le disteis el nombre de mi hotel, y eso es todo. ¿No se quedó ahí?

—…

—Si va ahí, dile que me espere, que no circule más… ¿Qué?

—…

—¿Que todavía es de noche? Pues es cierto, paleontológico amigo. Sigue durmiendo. ¡Espera! ¿El señor Sémardin está en casa?

—…

—De acuerdo. No, no le molestes, hombre… Adiós, René.

Colgó, se quedó pensativo mirando la serie de llamadas de Denise, y, finalmente, se guardó el papel y tomó la llave.

—Es muy probable que la señorita Massery vuelva a llamarme —murmuro—. Sea la hora que sea, páseme la llamada inmediatamente. *Please.*

—Por supuesto, señor.

Dos minutos más tarde, Nathaniel Saint John se tendía en la cama, cerraba los ojos…, y abría la boca con gesto estupefacto. ¡Atiza! ¿Pues no estaba pensando en la bellísima morena llamada Annette Fournier…?

—Y por culpa de Denise la perdí… ¡El sueño de mi vida convertido en mujer, y una rubia me la hace perder! En cuanto me llame por teléfono le voy a decir a Denise que…

CAPÍTULO VI

El timbrazo del teléfono hizo saltar a Saint John de la cama como si hubiese descubierto de pronto en ella unos cuantos miles de escorpiones.

—¡Ya va, ya va…! —aulló.

Se quedó sentado en la cama, mirando a todos lados, hasta que localizó el maldito teléfono en la mesita de noche, sonando rabiosamente, según le pareció.

—¡Diga!

—¿…?

—Ah, sí… Sí, sí, desde luego, póngame, gracias… ¿Denise?

—…

—Hola, encanto. Oye —Nat miró asombrado hacia la ventana, llena de sol—, ¡pero si ya es de día! —Miró su reloj—. ¡Son las nueve y media de la mañana! ¿Por qué has tardado tanto en volverme a llamar?

—…

Nat quedó estupefacto.

—¡Te dormiste…! Bueno, está bien… Está bien, está bien, te dormiste, pero…, ¿dónde? ¿Dónde has pasado la noche?

—…

—¿En una…? Bueno, luego hablaremos sobre eso. Tengo la impresión de que tienes algo importante que decirme, ¿no es así? Pues adelante.

—…

—¿Por teléfono no? Como quieras. Iré a verte en seguida… ¿Dónde estás ahora?

—…

—En un teléfono público de Promenade des… ¿Quieres que nos

veamos en un teléfono público? —Se pasmó.

—…

—Ah, bien. Bueno, pues dime dónde está esa lancha de esos amigos tuyos en la que has pasado la noche, querida, y salgo para ahí como un rayo… ¿Qué nombre tiene la lancha?

—…

—*Desirée*… Es un nombre cursi, pero en fin, voy para allá. Una cosa más, aunque sea por teléfono, Denise, ¿conoces a unos tipos llamados Burel y Thierry? ¿Denise? ¡Denise…!

—…

—Ah, creí que habías vuelto a colgar. ¿Los conoces?

—…

—Sí, hija, sí: por teléfono no. Entiendo.

Colgó, se quedó pensativo unos segundos, y luego se duchó rápidamente, con lo que acabó de despejarse. Por supuesto que Denise debía conocer a Burel y Thierry… Es más, tenía una idea muy clara de lo que había pasado: Denise, después de pasear por toda Niza buscando cualquiera sabía qué, había regresado a su apartamento, y desde allí había llamado a casa de Sémardin preguntando por él, por Nat; pero, mientras tanto, Burel y Thierry, que habían estado en la calle esperándola, habían subido al apartamento, habían llamado a la puerta, y Denise, asustada, había colgado y se había marchado por una ventana, a punto de romperse una pierna, desde luego.

Después, había ido a ver a unos amigos, y les había pedido que la dejasen pasar la noche en la lancha llamada *Desirée*, de la cual había ido saliendo para llamarle a él varias veces por teléfono. Finalmente, después de la llamada de las tres y veinte, se había quedado dormida…, hasta entonces.

«Además de asustada, debe estar agotada», se dijo Nat.

Apenas quince minutos después de recibir la llamada de Denise, Nat Saint John salía del hotel, y se dirigía, a pie, hacia los embarcaderos. Pasó por delante del *Tiburón*, al que guiñó un ojo. Luego, echó un vistazo para asegurarse de que el coche alquilado por René para él seguía en el mismo sitio…

Finalmente, localizó la lancha *Desirée*.

Saltó a la cubierta de la misma.

—Denise.

Silencio.

Nat Saint John se volvió hacia el paseo, por si la muchacha estaba por allí y acudía al verlo a él, pero no era así. Desde una lancha cercana, dos chicas en bikini le miraban maliciosamente, pero en esta ocasión, Nat no hizo cuchufleta de ninguna clase. Empujó las dos puertecillas de acceso al interior de la lancha, y asomó la cabeza.

—¿Denise?

Silencio.

Entró en la cabina, y vio las dos literas alzadas, una a cada lado. La luz del sol entraba a raudales por el cristal del alargado ventanal a ras de la cubierta. Nat Saint John se pasó una mano por la cara, pensativo… Vaya, no se había afeitado…

Su mirada quedó fija en una de las literas alzadas, y que abultaba considerablemente más que la otra. La bajó…, y se quedó mirando, muy pálido, a Denise. Estaba allí, boca abajo ahora, con las ropas revueltas, el cabello en gran desorden…

Nat la asió por un hombro, y le dio la vuelta. La saliva se le quedó incrustada en la garganta, convertida en hielo.

—Por Dios…

Desde luego, Denise no podía verlo, pero tenía los ojos abiertos. Muy abiertos, en una expresión de espanto y desesperación, que se había quedado allí, como esculpida, al recibir en la garganta el tremendo tajo que casi la había decapitado. Ahora, Nat podía ver la abundancia de sangre en la ropa de la litera, y en el vestido de la desafortunada rubia que el día anterior, en el *Tiburón*, había gozado del sol y de la vida…

La lancha se movió, y Nat volvió vivamente la cabeza hacia la entrada al único camarote. Estaba demudado, sentía frío…, pero el instinto de conservación se sobrepuso a todo. Vio el bolso de Denise sobre una repisa, y lo tomó rápidamente, metiendo la mano dentro. Pero no. No había allí ninguna pistolita… Tiró el bolso sobre la muchacha, y miró a su alrededor, desesperado: sabía que quienquiera que fuese la persona que llegase entonces, sin anunciarse, sólo podía tener pésimas intenciones.

Hizo lo único que se le ocurrió. Subió rápidamente a los pies de la litera, acuclillándose allí, entre los pies de Denise, viendo sus piernas, pues la falda se había arrugado casi hasta la cintura.

Y todavía estaba moviéndose cuando apareció en la entrada una mano grande, velluda, fuerte…, y armada con una descomunal navaja de resorte. Nat Saint John lo comprendió todo al oír el respingo del hombre: era el que había matado a Denise, y al parecer, se había quedado por allí; le había visto llegar a él, había acudido para matarlo también, y ahora, al entrar y no verlo, había respingado, sorprendido.

Todo esto pasó por la mente de Nat al mismo tiempo que alargaba una mano, asía la muñeca armada del asesino, y tiraba de ella hacia el interior del camarote, con toda su fuerza. Oyó el grito de sorpresa, y vio pasar al sujeto junto a él, para estrellarse de cabeza en el tabique de proa.

Todo lo rápidamente que pudo teniendo en cuenta su difícil postura allí encogido, Nat saltó de la litera, e inició el paso para salir corriendo de la lancha… Pero esta vez, se las estaba viendo con un enemigo digno de él, de su musculatura: una mano más grande que la suya, fortísima, puro hierro, le asió por un tobillo, y tiró, derribándolo de bruces. Paró el golpe con las manos, y se volvió rápidamente boca arriba.

En su rostro apareció una mueca de espanto al ver al asesino de la navaja.

Era un sujeto más alto que él, más ancho de hombros, de rostro torvo, negra cabellera revuelta, y ojos negros en los que latía un furioso deseo de matar. Se dejó caer sobre Nat, alzando la navaja, y lanzó la primera puntada, hacia la garganta, con un golpe seco, poderoso, terrible… La mano de Nat detuvo la muñeca, formando horquilla. Le pareció que aquel impacto le iba a arrancar el pulgar, pero no sucedió, por fortuna para él. Cerró los dedos inmediatamente, impidiendo que el hombre volviese a alzar el brazo, y lanzó su puño derecho hacia aquel rostro cruel, congestionado.

Fue, en verdad, un puñetazo.

Todo un puñetazo.

La nariz del sujeto reventó en un chorro de sangre, pero eso fue todo. El hombre lanzó un gruñido, y tras otro vano intento de subir de nuevo el brazo, comenzó a maldecir de un modo horrendo, y dejó caer el peso de su cuerpo sobre su mano y la de Nat, de modo que la navaja comenzó a descender sobre el pecho de éste, que con

un solo brazo tenía que frenar el peso y la fuerza del asesino.

Mientras tanto, lanzó otro derechazo al rostro ya ensangrentado de aquel auténtico gorila, que de nuevo volvió a gruñir. Movió su mano derecha para asir los cabellos de Nat, reteniendo su cabeza contra el suelo.

—Je, je —rió entre jadeos, echando sobre Nat baba y sangre—. Je, je, je…

La obsesión que Nat experimentaba por aquellos ojos negrísimos salvó su vida. Estaba paralizado, agarrotado, pero aquellos ojos le salvaron la vida: en lugar de volver a golpear con su mano libre, extendió los dedos índice y corazón, juntos, y los metió con toda su fuerza en el ojo izquierdo del asesino.

El alarido de éste fue terrible. Y en una fracción de segundo, debido a su reacción de dolor, la situación cambió… El asesino se irguió, quedando sentado sobre el vientre de Nat, soltando la navaja, que cayó sobre su pecho. Y mientras el hombre se llevaba ambas manos al ojo, Nat asió la navaja, y lanzó un golpe desesperado, abajo arriba.

Y se quedó así, con el brazo extendido, la navaja hundida en la peluda garganta del asesino, que emitió un ronquido, retiró las manos del rostro, y bajó la mirada hacia Nat. La boca del asesino se había abierto, y por ella apareció un hilillo de sangre; el ojo izquierdo era algo así como…, como un agujero oscuro y rojo del que brotaba un líquido hacia la mejilla; y el otro ojo, terrible, quedó fijo en Nat, desorbitado.

Nat retiró la mano, y el hombre cayó sobre él, rebotó, y quedó tendido a su lado, de cara al techo bajo del camarote, mientras Nat se ponía rápidamente de rodillas, y lo miraba vivamente, vigilante, temiendo.

Pero no.

Ya no había nada que temer.

Nat Saint John miró el cadáver de Denise, que ahora estaba a la altura de sus ojos aproximadamente, y luego miró al asesino. Por fin, pudo tragar saliva.

—Dios mío —gimió.

Se puso en pie, y entonces se dio cuenta de que estaba profusamente manchado de sangre… Aquello estaba resultando peor que el asunto de los espías rusos; al menos, los rusos

trabajaban con muchísima más elegancia, como buenos espías que eran. ¿Había que matar a alguien? Bueno, pues se hacía, pero con… elegancia, con discreción y buenos modales. En cambio, aquella gente estaba utilizando asesinos portuarios, de los que, como suele decirse, son capaces de degollar a una anciana por un franco.

«Desde luego, no puedo salir así de la lancha —miraba sus ropas manchadas de sangre—. Pero no sé qué hacer… ¡No sé qué hacer!».

Su incertidumbre fue rápidamente vencida, sin embargo; no tardó ni un minuto en saber lo que tenía que hacer. Y procedió a ello. Se desnudó, quedando en calzoncillos, naturalmente modernísimos, de nilón elástico, y recogió toda su ropa, empaquetándola con el cinturón. Luego, buscó de nuevo en el bolso de Denise, hasta encontrar las llaves que, supuso, eran de la lancha.

Con ellas en la mano, salió a cubierta, a pleno sol. Sus calzoncillos, ciertamente, podían pasar por un bañador…, hasta que se mojasen, claro. Pero estaban secos…

—¡*Bon jour, monsieur*! —Oyó la cantarina voz de una de las chicas de la lancha vecina.

—¡*Bon jour, mademoiselle*! —sonrió Nat, saludando con la mano, mientras sentía dolor de barriga debido al esfuerzo de la sonrisa.

—¿*Comment ça va*?

—¡*Ça va bien, merci*!

—¿*Vous allez faire un promenade*?

—*Mais oui, ma petite.*

—¿*Vous voulez una bonne compagnie, peut étre*?

—*Merci, mais…*

Mientras contestaba a la muchacha, sonriendo de aquel modo que le estaba causando dolor ya en todo el cuerpo, Nat había ido mirando a su alrededor. Incluso hacia el muelle, con toda lógica. Y allá, con la boca abierta, mirándolo estupefactos, vio ni más ni menos que a Burel y Thierry, en el borde del muelle. Durante un par de segundos, Nat quedó tan atónito como ellos. Luego, soltó el nudo marinero de un tirón, liberando la lancha del amarradero, y movió la llave en el contacto.

—¡Es el mismo tipo de…!

Esto lo oyó un instante antes de que rugiese el motor y la lancha saliese disparada. Volvió la cabeza, y vio a Thierry y Burel con las manos metidas bajo la chaqueta, las piernas separadas, como a

punto de echar a correr, aunque evidentemente, no sabían hacia dónde, ni qué hacer…

En muy pocos segundos, Nat Saint John quedó libre de estas preocupaciones.

Y en un minuto, estuvo en mar abierto, lanzado a toda velocidad, hasta que se serenó completamente, y se dispuso a poner en práctica su plan.

A saber: tenía que navegar hasta colocarse, como máximo, a media milla del muelle. Una vez allí, pararía el motor, y se dedicaría a hacer un agujero en el casco de la lancha, de modo que fuese entrando el agua en ésta, pero lentamente. Entonces, pondría de nuevo en marcha el motor, trabaría el volante de modo que la lancha fuese en línea recta mar adentro, y él saltaría al agua. En el tiempo que él tardaría en llegar a nado hasta el *Tiburón*, la lancha habría recorrido por lo menos ocho o diez millas… Es decir, habría navegado hasta que, ya llena de agua, terminase por hundirse…

Un cuarto de hora más tarde, antes de saltar al mar desde la borda de la lancha *Desirée*, Nat Saint John miró hacia la entrada al camarote, y susurró, sinceramente:

—Lo siento, Denise.

CAPÍTULO VII

Debía ser cerca de la una del mediodía cuando Nathaniel Saint John detenía el coche cerca de la villa donde la noche anterior habían ido Burel y Thierry, en la zona residencial Les Baumettes. Para entonces, no sólo se había vestido, en su balandro, sino que había llegado a diversas conclusiones.

Por ejemplo: a Denise la estaban buscando no sólo Thierry y Burel, sino, al parecer, más hombres. Uno de ésos había sido el tal Macée, el bestia de la navaja, Robert Macée, según constaba en su carnet de conducir… Y el tal Macée debía haber visto a Denise cuando ella salió por la mañana de la lancha para ir a llamarlo por teléfono. Cuando ella regresó a la lancha, Macée la siguió, y la mató. Luego, se fue a llamar a su vez por teléfono a Thierry y a Burel, o al jefe de éstos, que los había enviado. Pero mientras Macée llamaba por teléfono, llega el atolondrado de Nathaniel Saint John, y se mete en aquel cepo. Macée, posiblemente lo estaba viendo, y sin vacilar, va de nuevo a la lancha, dispuesto a degollarlo a su vez. Mientras tanto, Thierry y Burel acuden allí…, y se quedan estupefactos al verlo a él: ¡el mismo tipo de la noche pasada!

¿Conclusión final? Bueno, a Nat sólo se le ocurría una cosa al respecto: en aquella mansión estaba la persona que daba órdenes a tipos como Macee, Burel y Thierry.

¿Y quién era esa persona…? Naturalmente, Nat había recurrido al directorio telefónico de Niza, buscando aquella dirección, y, por consiguiente, el nombre del abonado al teléfono de la mansión. Resultado: un tal Emil de Barbusse, que, al parecer, era conde.

—Ya sabía yo —reflexionó Nat— que tarde o temprano me relacionaría con la aristocracia…

Sólo había un pequeño problema para iniciar aquellas

relaciones. Un problema doble, llamado Burel y Thierry, que por supuesto debían haber conseguido cargadores nuevos para sus pistolas. Pistolas que utilizarían contra él en cuanto le echasen la vista encima. Aunque quizá los dos matones no estuviesen en la casa, sino buscándole a él todavía, o a Macée… Por otra parte, naturalmente, le habrían descrito al tal conde de Barbusse el sujeto de los largos cabellos rubios y ojos transparentes que les había zumbado en el pisito de Denise, así que, en cuanto él apareciese en la mansión, el conde lo identificaría, seguro.

Encendió un cigarrillo, mientras seguía pensando… Desde luego, a aquellas alturas, ya no podía avisar a la policía. Por muy honrado que fuese él, eso de haber sepultado en el mar a tres muertos, le traería no pocas complicaciones, aunque tales muertos estuviesen metidos en negocios sucios cuando estaban en vida. Tampoco podía…

Su mirada quedó en el taxi que en aquel momento salía de la villa.

¿Y si iba en él alguien que pudiese ayudarle a solucionar sus problemas? Lo cierto era que ya conocía aquel lugar y las personas que podía encontrar allí. ¿Quién podía ir en el taxi…?

Puso en marcha el coche, y partió tras el taxi, hacia el centro de la ciudad.

Diez o doce minutos más tarde, el taxi se detenía delante de un hotel, el Crillón, y el pasajero se apeaba y se asomaba a su interior por la ventanilla delantera derecha, abriendo su bolsito para sacar el importe de la carrera… Es decir, no era un pasajero, sino *una pasajera.*

Nat Saint John estaba boquiabierto mirándola.

—Atiza —pudo reaccionar por fin—. ¡La morena de mis sueños!

Sí. Salvo que estuviese viendo visiones, allá tenía a Annette Fournier, la muchacha que de niña no había podido tener unos patines porque sus padres temían que se rompiese algún hueso.

El taxi partió, y la bellísima morena de los ojos grandiosos entró en el hotel Crillón.

—Maldita sea mi estampa… ¿Es que todas las chicas que me gustan han de estar metidas en negocios sucios?

Estuvo vacilando un par de minutos, antes de decidirse. Se apeó, fue al hotel, y se dirigió directo a la conserjería, mirando a todos

lados. Bueno, era un hotel agradable, discreto, confortable… No de lujo, desde luego, pero muy aceptable.

El conserje se quedó mirándolo amablemente cuando se detuvo ante el mostrador.

—Quisiera ver a la señorita Fournier —murmuró Nat—. ¿Está en el hotel?

—Precisamente, acaba de llegar, señor. Se disponía a ir al comedor, pero le he entregado un par de cartas que han llegado para ella, y ha subido a su habitación. ¿Quién le digo que…?

—Es una sorpresa —sonrió Nat—. ¿Le parece bien?

—Sí, señor —sonrió también el conserje—. Habitación 24, en el segundo piso.

—Gracias.

Subió a pie al segundo piso, localizó la puerta marcada con el número 24, y llamó. A los pocos segundos, la puerta se abrió un poco; lo suficiente para que quedase visible el rostro de Annette Fournier. La muchacha abrió la boca para preguntar, pero, de pronto, en su rostro apareció una expresión de incredulidad, luego de reconocimiento, finalmente de asombro…

Para entonces, Nat Saint John había empujado la puerta, había entrado, y había cerrado.

—¿*Comment ça va, ma petite Nanou*? —se interesó amablemente.

—Se… señor Saint John… ¿Es usted?

—Sí. Peinado, afeitado, y con traje de ir por la calle, pero soy yo, en carne y hueso. Y a propósito de huesos, para identificarme puede palpar mi antebrazo… El brazo roto, ¿recuerda?

—Pe… pero… Pero ¿qué… qué hace usted aquí? ¿De dónde sale?

—¿Cómo que de dónde salgo? ¡Pues de mi balandro, claro!

—Oh, no. Yo he…

Annette Fournier enrojeció deliciosamente, y no terminó la frase. Nathaniel alzó las cejas.

—Usted ha…, ¿qué?

—Nada… Nada. ¿Qué desea usted?

—Como desear, deseo una cosa que a lo mejor a ti también te gustaría, Nanou, pero, a lo peor, me decido por romperte la cara.

—¿Rom… rom… romperme la…?

—La cara. Esa carita tan linda y angelical que tienes, bella

Nanou. Pero vamos a ver: ¿por qué en cuanto os veis tan lindas en el espejo os dedicáis a complicaros la vida?

—Yo… no me comp…

—¡Déjate de tonterías! Te he visto salir de allí, ¿comprendes? Sí, eso es lo que hacéis: complicaros la vida. Un mal día os miráis al espejo, os veis tan encantadoras, tan deliciosas y apetecibles, y os decís: ¿yo, la nena guapa de papá y mamá, va a desperdiciar su vida trabajando… en una oficina de seguros, pongo por caso? Ah, no, de eso nada, bienamada. La nena guapa se va a dedicar a vivir como una reina, que para eso tiene las piernas estupendas, la boquita como una flor, los ojitos maravillosos y el tórax despampanante… ¿A que sí, Nanou?

—Usted… usted está loco, señor Saint John. Yo no…

—Y hasta es posible que cuando apareciste por allá estuvieses quizá esperando la llegada de Denise. Lo cual querría decir que sabías algo de todo esto. Pero así las cosas, me parecería absurdo que Sémardin te hubiese enviado a vigilar a Denise, ya que sabía perfectamente que ella iba a verme. Entonces… ¿ha sido René, quizá, el traidorzuelo?

—Pe… pero yo… yo no conozco a… a Sémardin, ni a René…

—Pues mira, la cosa está bien clara: el chivatazo respecto a la combinación de la cámara acorazada y al momento más adecuado para el robo de las pinturas sólo pudieron darlo tres personas, que a su vez, podían conseguir diversas llaves para ir deambulando discretamente por toda la casa. Esas tres personas son: el propio Sémardin, que si ha sido él no entiendo nada de nada; Denise, que sí podría entender eso; y René, que también lo entendería. Pero René, lo sé bien porque lo estudié mientras le soltaba un rollo, no es capaz de cosas así, de modo que lo descartamos. Yo opto por Denise… Sí… Ella fue quien consiguió la combinación de la cámara acorazada, posiblemente fisgando en alguna libreta de Sémardin… ¡Claro! Y también pudo conseguir moldes de las llaves… Aunque eso le era mucho más fácil a Duvagier, ya que era el administrador en Niza de Sémardin, el cual acostumbra vivir en París la mayor parte del tiempo, según tengo entendido. Eso es… Denise consiguió la combinación de la cámara acorazada, y Duvagier, las llaves. Con las llaves, abre a los ladrones. Estos consiguen las pinturas, y luego meten en la cámara a Duvagier. Después, se dedican a buscar a

Denise… hasta que la encuentran. Denise se escondía, pues al ver muerto a Duvagier, comprendió que tenían los mismos planes con respecto a ella… Y finalmente, cuando nos íbamos a reunir en la *Desirée,* porque ella había decidido contármelo todo y pedir mi ayuda, también la encuentran. ¡No me digas que no está claro!

Annette Fournier miraba estupefacta a Saint John, con la boca abierta, y los ojos aún más abiertos.

Por fin, pudo balbucear:

—Pa… para mí no… no está nada claro…

—A lo peor, eres sorda, y te interesa que te desatasque los oídos de un par de guantazos. ¿Es eso lo que quieres?

—Se… señor Saint…

Sonó el teléfono, sobresaltando todavía más a Annette, que inició media vuelta para adentrarse en la habitación… Pero Nat la asió por los caballos, y la atrajo de un tirón, colocando el rostro de la muchacha a un milímetro del suyo.

—¿Estás esperando alguna llamada?

—Sí… ¡Sí, sí, sí, de París! La he pedido hace un momento.

—De París, ¿eh? Muy bien, nena, muy bien… Vamos a contestar a esa llamada, que será sin duda muy interesante. Es decir, vas a contestar tú, pero como si yo no estuviese… ¿Me entiendes?

—Sí… Sí, señor… ¡Me está haciendo daño!

—Pues así estaremos mientras hablas —dijo duramente Nat—. Y a la menor tontería que digas, te dejo calva en seco… ¡Camina hacia el teléfono, nena guapa de papá y mamá!

Sujetándola rudamente por los cabellos, Nat condujo a la muchacha hacia el teléfono, descolgó el auricular, y se lo puso en la mano, mirándola significativamente.

—Y no tartamudees —masculló—. Normal, ¿comprendes?

Ella intentó asentir con un gesto de cabeza, pero no podía, pues Nat se la inmovilizaba con su presa. Acercó el auricular a una orejita, tragó saliva, y preguntó:

—¿Sí?

—…

—Sí, por favor. Gracias… ¿*Monsieur* Colbert?

—¡…!

—Ça va… bien, *monsieur* Colbert, merci…

—¿…?

—Sí, sí, he recibido su carta hace unos minutos. Venía de visitar precisamente a la condesa de Barbusse… Parece que ella no quiere colaborar con la UNICEF para mitigar el hambre en el mundo…

—¿…?

—Sí, sí… Naturalmente que le he presentado su tarjeta de presentación, como a los demás, pero se ha excusado con ambigüedades. Yo he interpretado que no está dispuesta a ser caritativa ni siquiera con unos pocos francos, *monsieur* Colbert.

—¿…?

—Oh, sí… Los demás, sí. Unos más, otros menos, pero todos han aportado algo. Tengo ya cheques por valor de trescientos cincuenta mil francos. El más generoso fue *monsieur* Laurent: él sólo ha contribuido con cien mil francos, nada menos… ¿Qué?

—¿…?

—Sí, sí, el del yate. Estuve ayer por la mañana a visitarlo. Es un caballero muy amable y correcto, me enseñó todo el yate… De veras: cien mil francos él solo. Bueno, *monsieur* Colbert, perdone que le haya molestado, debía estar usted almorzando… Es que he recibido su carta, y hay un párrafo que no sé si he entendido bien… ¿Se me sugiere que regrese ya a París, a la sede de la UNICEF, con la cantidad que…?

—¡…!

—Ah… Oh, bien, muchas gracias. Seguiré unos días más en Niza, sí… Muy amable. Claro que espero conseguir algo más… Gracias. Gracias, *monsieur* Colbert, muy amable… Adiós… Adiós.

Annette Fournier devolvió el auricular a Nat Saint John, cuyo rostro parecía el de un chino, de puro amarillo. No sólo había oído lo que decía la muchacha, sino lo que decía su interlocutor de París, el tal *monsieur* Colbert, ya que había colocado una orejota junto a la de la muchacha, tocando el auricular…

—Ya he terminado, señor Saint John.

La sonrisa de Nat habría ganado el primer Premio a la Estupidez Congénita.

—Sí, ya… ya sé, ya… Je, je… Ha terminado… Vaya… —Colgó el auricular—. ¿Entiendo que trabaja usted pa… para la… la UNICEF?

—Sí, en la central, en París. Soy una de las delegadas que la sede envía a toda Europa, para recaudar fondos con destino a los niños

hambrientos de todo el mundo.

—¿Y… y fue usted a ver a… a esa condesa, o sea… a esa villa de Les Baumettes, para… para pedir dinero a la condesa para los niños que… que…?

—Así es.

Era una plancha más grande que la cubierta de un portaviones, y Nathaniel Saint no tenía más remedio que comprenderlo. Soltó los cabellos de la muchacha, y los ordenó, con gestos torpes, pasando también sus manazas por el busto femenino, queriendo arreglar la ropa.

—Vaya, caramba… Bueno… Je, je… O sea que…

—¡No me toque!

—¡No la toco! —Respingó Nat, retirando las manos como si los cabellos o el busto de la muchacha se hubieran puesto de pronto al rojo vivo—. ¡No la toco, no la toco!

—¡Estúpido!

Nat Saint John se quedó mirando sombríamente a Annette, y alzó un dedo, con gesto solemne.

—Eso si es verdad —admitió.

Y se dejó caer en el silloncito del dormitorio. Se dedicó a mirarse las manotas, hasta que oyó la voz de Annette:

—Lo menos que podría hacer ahora es invitarme a almorzar: estoy que me muero de hambre. Y total, para nada… ¡Esa condesa es una tacaña repugnante!

—Bu… bueno, quizá el conde sea más generoso…

—Lo dudo: los muertos no usan talonario de cheques.

—Ah… ¿La condesa es viuda?

—Sí.

—Entonces…, ¿es ella la que da las órdenes en esa villa?

—Se supone que sí.

—¿Y cómo es la tipa? Quiero decir, la señora condesa…

—Es una mujer de granito. Le he expuesto la situación con mi… pericia habitual. He conseguido enternecer a personas que no habían soltado un franco en toda su vida para limosnas, pero ella… ¡Es el ser más tacaño del mundo! Después de usted, se entiende.

—¿Des… después de mí? ¡Oh, no! ¡Yo le daré algo para esos niños hambrientos! ¡Se lo daré, se lo juro!

—Es posible… Pero de momento no parece dispuesto a gastarse

unos céntimos invitándome a almorzar.

—¡La invito a almorzar! —Se puso en pie de un salto Nat—. ¡La invito a almorzar donde quiera, los mejores manjares que…!

—Me conformo con un almuerzo sencillo en su balandro.

—¿En mi…?

—Suponiendo que me toque el turno. Supongo que sí, porque no hay nadie en el *Tiburón*. Estuve merodeando por allí ayer tarde, y esta mañana… ¿Ha estado con la rubia?

—No —tragó saliva Nat—. No, de veras.

—¿Pero prefiere las rubias a las morenas?

—Pues, precisamente, es todo lo contrario… Como yo ya soy más bien rubiales… ¿comprende?

—Creo que sí. Siente atracción por el sexo opuesto, ¿no es eso?

—Bueno… Yo no lo llamo así… Quiero decir que a las chicas no las llamo… el sexo opuesto.

—Oh —se abrieron los ojos de Annette—. ¿Cómo las llama?

—El… el sexo… complementario.

Annette Fournier parpadeó.

—Ésa es una definición digna de un estudio detenido, me parece, señor Saint John.

—Sí… Je, je… Vaya… ¿De verdad quiere que almorcemos juntos en mi balandro?

La muchacha se acercó, y se colgó de su cuello, apretando sus bracitos contra las mejillas de Nat.

—Vaya… —dijo.

CAPÍTULO VIII

Annette Fournier separó sus labios de los de Nat Saint John, suspiró, y dijo:

—¡Vayaaaa…!

—Algo así estaba pensando yo —sonrió Nat, que ya no parecía estúpido—. ¿Más café?

—No. Dime, Saint John: ¿qué piensas hacer ahora?

—Desde luego, estoy dispuesto a casarme contigo.

—No me refería a eso —enrojeció Annette—. Te estoy hablando de todo ese asunto de los cuadros robados a *monsieur* Sémardin.

—Ah… Pues no sé… Recuperarlos, claro.

—¿Sí? ¿De qué modo?

—En cuanto consiga concentrarme en ello, estoy seguro de que encontraré un modo.

Ella se sentó en la litera, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando pensativamente el humo.

—Hace algo más de un año, robaron unos cuadros muy valiosos en un museo de Nimes —murmuró—. Cinco o seis cuadros, no recuerdo la cantidad exacta.

—¿Qué me dices? —Se sentó Nat también, vivamente.

—Sí… Cinco o seis cuadros. Dan una recompensa a quien los devuelva o facilite su recuperación.

—¿Qué recompensa?

—Un millón de francos.

—¿Francos nuevos? —gritó Nat.

—Sí, claro… Entiendo que es el diez por ciento de su valor.

—¡Lo sabía…! ¡Lo sabía, lo sabía, lo sabía…! ¡Ese Sémardin me ha estafado…! Por todos los demonios, ¿no comprendes? ¡Esos cuadros de Sémardin tienen que ser los que fueron robados en ese

museo! ¡Por eso él no podía recurrir a la policía…! ¡El muy…! Pero —se calmó de pronto—, ¿por qué protesto tanto? A fin de cuentas, los que recurren a mí son tipos como Sémardin, naturalmente. Les saco las castañas del fuego, cobro, y a otra cosa, que ésta ya es sosa… ¡Un millón de francos nuevos! O sea, doscientos mil dólares… ¡No cien mil!

—¿Qué cien mil?

—Oh, pues…

—¿Por qué no me dices cuál es exactamente tu… profesión, Saint John?

—Mi profesión es no ser un mico sentado en una rama rascándose las pulgas… ¿Cuántos hombres habían en la villa de la condesa ésa?

—Yo vi tres hombres y dos mujeres. Una de las mujeres era la condesa, la otra, su doncella particular. Uno de los hombres era el mayordomo, o algo así, pero tenía una cara que no me gustó nada… Los otros dos, aún me gustaron menos. Estuvieron allí, durante la entrevista con la condesa, mirándome sarcásticamente… Uno de ellos tenía la boca muy rara…

—¿Hinchada y machacada? —sonrió Nat, alzando su puño derecho—. ¿Cómo si hubiese tropezado con algo como esto… o como esto? —Alzó ahora su pie derecho.

—Pues sí… Sí, algo así. Yo creo que no tenía muchos dientes. Supongo —recordó las explicaciones de Nat— que ése debía ser el tal Burel.

—Le tendré que comprar una dentadura de plástico —sonrió pensativamente Nat—. Nanou, ¿viste caja de caudales, o algo parecido durante tu visita?

—No… no.

—¿Cómo es el interior de la casa?

—Pues no sé… Me abrió la puerta el mayordomo, me llevó al salón, y allá estuve hablando con la condesa. Salí por el mismo camino, sin haber visto nada más.

—¿Querrías ayudarme, Nanou?

—Sí, Saint John —tragó saliva la muchacha.

—Bueno, pero no temas —le dio una palmadita en una rodilla—. Lo que tienes que hacer tú es muy fácil. Y además, a lo mejor, hasta nos divertimos.

—¿Qué… qué tengo que hacer?

Saint John la abrazó, la besó en los labios hasta que ella tuvo que apartarse, pues estaba sin aliento, y, mientras la acariciaba, dijo:

—Pues verás… Lo primero de todo, tienes que escribirme una tarjeta. Luego, desde cualquier teléfono del paseo harás una llamada a…

* * *

El teléfono sonó, y el mayordomo descolgó rápidamente el auricular.

—¿Sí?

—¿…?

—Sí. Un momento, por favor —se colocó el auricular contra el pecho, y miró a Thierry—. Es una mujer. Quiere hablar contigo, Thierry.

—¿Quién es? —preguntó Thierry, empezando a incorporarse.

El mayordomo se limitó a mover negativamente la cabeza. Thierry se acercó a tomar el auricular, seguido por las miradas de Burel y Charlotte de Barbusse, con los cuales había estado conversando hasta entonces, bien acomodados en el lujoso salón.

—Thierry al habla.

—¿…?

Los demás vieron la inmediata tensión de Thierry, que se irguió vivamente.

—Sí… Desde luego, le conozco. ¿Y usted quién es?

—…

—Está bien. ¿Dónde está?

—…

—De acuerdo… Sí, sí, iremos a buscarlo…

—…

—Inmediatamente, desde luego. Salimos ahora mismo, así que llegaremos antes de una hora —colocó el auricular, y se volvió para mirar a Charlotte de Barbusse—. Era una mujer que no ha querido decir su nombre. Macée está con ella.

—¿Dónde? —exclamó Charlotte.

—En el embarcadero de Villefranche.

—¿Y qué hace Macée allá? —se sorprendió Burel.

—No lo sé. Esa mujer parecía muy nerviosa Ha dicho que estaba en su yate cuando vio una lancha llamada *Desirée* llegar al embarcadero… La lancha casi colisiona con su yate. En la lancha iba Macée, y ella se dio cuenta de que se encontraba mal, así que fue a la lancha, por si podía ayudarle, y Macée le ha pedido que nos llame. Yo creo que Macée está herido, pero que por ahora ha conseguido ocultárselo a esa mujer.

—¿Qué ha podido pasar? —reflexionó Burel—. Cuando llegamos al muelle de Niza y vimos esa lancha, en ella iba el tipo de las melenas rubias, que se nos volvió a escapar…

—Quizá Macée estaba dentro de la lancha, y ha conseguido liquidar por fin a ese tipo —dijo Thierry—. Lo mejor es que vayamos cuanto antes allá.

—¿Y si fuese una trampa? —susurró Charlotte.

Thierry, Burel, y el mayordomo, Gastón, se quedaron mirándola con cierta inquietud, como fascinados por el pliegue vertical en el ceño de la condesa, que ensombrecía su bello rostro. Charlotte de Barbusse debía tener unos treinta y cinco años, es decir, que estaba en ese espléndido momento de madurez femenina en que la belleza queda patente en todos los detalles. Alta, perfectamente proporcionada, de carnes blancas y finas, cuello largo y elegante, altivo… Como sin duda ella conocía perfectamente su belleza, procuraba mostrarla con generosidad por medio de abismales escotes, sin descuidar otras zonas de destape. Tenía los ojos azules, la boca roja y fresca, los cabellos rubios… Era una muñeca madura y apetitosa.

—¿Una trampa? —murmuró por fin Burel.

—No creo —movió negativamente la cabeza Thierry—. Si esa mujer ha llamado aquí es porque Macée ha tenido que indicarle el número…

—Esa mujer quizá sea Denise, disfrazando la voz —vaciló Charlotte.

—Claro que no. Macée nos dijo que había matado a Denise. A Duvagier lo matamos nosotros, con seguridad, al dejarlo encerrado en la cámara… Sólo queda aquel tipo de la melena rubia, pero ése no tiene ni idea de dónde encontrarnos.

—¿Y Sémardin? —insistió todavía Charlotte.

—No creo que él sepa que usted está metida en esto —negó

Thierry—. Ya habría contratado a alguien para que viniese a molestarla, naturalmente. Y puesto que Duvagier y Denise, de acuerdo a sus instrucciones, están muertos, para asegurarnos de que no podrían asustarse y confesarle a Sémardin su traición, solamente Macée ha podido facilitarle este número a esa mujer. Sea lo que sea lo que haya ocurrido con aquella lancha, ha tenido que ser Macée quien haya pedido esa llamada. Sólo tenemos que ir al embarcadero de Villefranche, buscar la *Desirée*, y allá encontraremos a Macée, seguramente herido.

—Está bien… Id a buscarlo.

—Pronto sabremos lo que ha pasado —dijo Burel, poniéndose en pie.

Salieron los dos del salón, y la condesa y el mayordomo quedaron silenciosos, pensativos. Por fin, Charlotte movió la cabeza, con un gesto de irritación.

—Ese hombre de las melenas rubias es el que lo ha complicado todo. Pero me pregunto quién puede ser, Gastón.

—Yo creo, puesto que fue al apartamento de Denise y entró por su cuenta, que debe ser un amigo de Denise Massery. Por lo que han dicho Burel y Thierry era un sujeto impresionante…, y supongo que a Denise Massery le gustaban los hombres así.

Charlotte casi sonrió.

—¿Y a qué mujer no le gusta un hombre como ése? Bien, sólo tenemos que esperar un par de horas, y lo sabremos todo. Pero de un modo u otro, mañana emprenderemos el viaje a África. Tenemos… Me parece que han llamado.

—Así es.

—Ve a abrir.

Gastón salió del salón. La condesa se puso en pie, y fue a contemplarse en un espejo de recargada cornucopia. Primero, pensativa, todavía preocupada. Pero muy pronto estuvo mirándose con gran complacencia, para lo cual, ciertamente, tenía buenos motivos. Por una parte, estaba su belleza, que todavía podía proporcionarle muy buenos momentos de placer en la vida. Por otra parte, su inteligencia, que iba a proporcionarle tanto dinero que…

—Señora condesa…

—¿Sí? —Se volvió hacia la puerta.

—Hay un caballero que desea verla con urgencia —se adelantó

Gastón—. Me ha entregado esta tarjeta para usted.

Charlotte la tomó, y leyó las líneas escritas a mano en el dorso de la tarjeta a nombre de Annette Fournier —UNICEF. Decían:

> «Señora condesa, le ruego reciba al señor André Fuchiron, quien ha manifestado grandes deseos de conocerla. Muchas gracias».

La condesa hizo un gesto de fastidio, y devolvió la tarjeta a Gastón.

—Dile a este hombre que no estoy. ¿Qué se han creído? ¿Qué voy a regalar mi dinero? No pienso dar ni un franco a nadie… Si hay hambre en el mundo, a mí me tiene sin cuidado, así que pueden irse todos al demonio.

—¿Le digo eso al señor Fuchiron? —sonrió Gastón.

—Claro que no —casi rió Charlotte—. Dile… dile que no me encuentro muy bien, y que me disculpe. Y si sugiere que volverá en otro momento, desengáñalo definitivamente.

—Muy bien.

Gastón salió del salón…, y regresó a los pocos segundos, estupefacto.

—No está —dijo.

—¿Qué?

—Que no está. Ese hombre, André Fuchiron: no está.

—¿Cómo que no está? —exclamó Charlotte.

—Lo dejé en el vestíbulo, pero no está allí ahora.

—¿Y dónde está? ¿Se ha marchado?

—No creo…

—Pero…, ¿de qué estás hablando? ¿Qué quiere decir que no está? ¿Cómo has…?

La condesa se calló, al oír el estrépito fuera del salón. Se miraron vivamente, y salieron a toda prisa. Llegaron al vestíbulo, y miraron hacia arriba a la vez, al oír la voz masculina:

—Mis lentes… ¿Dónde están mis lentes? ¡Mayordomooooo…!

Atónitos, Charlotte y Gastón se quedaron mirando al hombre de blancos cabellos y porte distinguido que estaba en lo alto de la blanca escalinata, con una pequeña columna de mármol en sus

manos, apretándola contra su pecho.

—¡Ése es! —exclamó Gastón.

—¿Qué hace ahí arriba? —gritó Charlotte.

—¡Mayordomoooo…! —gritaba el señor Fuchiron—. ¡Ayúdeme a encontrar mis lentes!

Los dos subieron al amplio pasillo, y la condesa se mordió los labios al ver en el suelo, hecha añicos, una de sus estatuillas de porcelana china, que debía estar sobre la columna de mármol. Pero la estatuilla estaba pulverizada, y la columna estaba en manos de André Fuchiron, que se abrazaba a ella como si allí tuviera la salvación. Más allá, sobre la gruesa alfombra que cubría el pasillo, estaban los lentes, y Gastón se apresuró a recogerlos, mientras Charlotte se colocaba temblando de ira ante André Fuchiron.

—¿Qué hace usted aquí? —gritó—. ¡Va a tener que pagarme la estatuilla!

—¿Qué… qué estatuilla…, qué… qué…?

—Sus lentes —masculló Gastón, tendiéndoselos.

André Fuchiron dejó caer la columna de mármol, con tan mala fortuna, que fue a dar en un pie de Charlotte de Barbusse. El alarido de ésta hizo vibrar los cristales de toda la villa, mientras tras un par de saltitos sobre el pie sano, perdía el equilibrio y caía sentada.

—¿Qué… qué pasa? —gimió Fuchiron—. ¿Dónde están mis lentes y quién grita así…? ¡Quiero mis lentes!

Caminaba con los brazos tendidos, pero tropezó con Charlotte, cayó sobre ésta, y quedó finalmente sentado a su lado. Tendió de nuevo los brazos, y una de las manos se hundió en el sensacional escote de Charlotte, que lanzó un nuevo alarido.

—¡Quíteme las manos de encima! —aulló.

—Por favor… Por favor, mis lentes…

—¡Gastón, dale sus lentes a este imbécil y échalo de aquí ahora mismo!

—Sí —se puso en pie Fuchiron—. Mis lentes, mis lentes…

Gastón se los puso en las manos, y el pobre Fuchiron se apresuró a colocárselos. Suspiró fuertemente, y miró a su alrededor.

—¿Quién hay por aquí…? Oh, permítame ayudarla…

Tendió las manos hacia Charlotte, y la ayudó a ponerse en pie, pero ella se soltó en seguida, de un tirón.

—¡Márchese! —gritó—. ¡Y no vuelva aquí jamás! ¿Está bien

claro?

—Oh, pero debo ver a la señora condesa de…

—¡Yo soy la condesa! ¡Fuera de aquí! ¡Y le advierto que pasaré a la UNICEF la factura de la estatuilla china que ha roto! ¡Estúpido!

—Pero señora condesa… Tiene que perdonarme… El mayordomo me dijo que le siguiese, y… y fui tras él…

—Yo no le dije semejante cosa —exclamó Gastón—. Le dije a usted que aguardase un momento.

—Pero yo entendí… Bueno, subí, tropecé y me caí… Se me cayeron los lentes, y como si ellos no veo nada… Pero ahora sí veo bien. Es usted muy bella, señora condesa. Su belleza…

—¡Fuera de aquí! —Casi llegó al histerismo Charlotte.

—Le acompañaré —dijo Gastón, tomando de un brazo al miope.

Pero éste se desasió de un tirón.

—Ya tengo los lentes —dijo—, así que no necesito que me guíen. Debo decir que lamento lo sucedido, pero de todos modos, no me parece muy correcto por parte de ustedes…

—¡FUERAAAAA…! —vociferó Charlotte.

Monsieur Fuchiron alzó la barbilla, y emprendió el descenso por la amplia escalinata. Llegó abajo, y, en lugar de dirigirse hacia la puerta de la casa, giró a su derecha, y se dirigió directamente al pasillo que comunicaba con las dependencias del servicio. Desde arriba, Charlotte y Gastón le contemplaban estupefactos.

—Pe… pero ¿qué hace? —jadeó Charlotte—. ¿Adónde va?

Gastón se lanzó tras André Fuchiron. Lo alcanzó cuando éste estaba ya en la cocina, mirando sorprendido a la doncella-cocinera, Claudine, que a su vez le contemplaba atónita.

—Perdón —se disculpó Fuchiron—. Me temo que he vuelto a equivocarme de camino… Debo tener los lentes sucios… Como me han caído al suelo…

Se los quitó, sacó un pañuelo, y comenzó a limpiarlos, con parsimonia que dejó petrificado por unos segundos a Gastón, mientras miraba a todos lados, como aturdido.

—Haga el favor de acompañarme —mascullo por fin Gastón.

—Sí… Perdone —se colocó los lentes—. Caramba, esto es la cocina, ¿verdad?

—En efecto. Venga por aquí… y permítame que esta vez le lleve del brazo, señor.

—Sí… Está bien. Lo siento. Siento mucho todo lo ocurrido. ¿No habría posibilidad de que la señora condesa me perdonase?

—Me temo que no, señor. Al menos, en estos momentos. Por aquí, por favor. Tenga su tarjeta —se la puso en el bolsillo superior de la chaqueta—, y le sugiero que se abstenga de volver.

Un minuto más tarde, *monsieur* Fuchiron, dignamente ofendido, abandonaba la villa. Y otro minuto más tarde, cuando se alejaba a pie, apareció un coche, que se detuvo un poco por delante de él, pegado al bordillo.

El torpe Fuchiron miró el coche, lo reconoció, sonrió, y fue hacia allá. Abrió la portezuela derecha, se sentó junto a Annette Fournier, que conducía, y sonrió.

—Larguémonos, Nanou.

—¿Has conseguido algo? —Le miraba ella con los ojos muy abiertos.

—Sí. De momento, le he roto a la condesa una estatuilla china que debía valer un montón de miles. Sigue.

Annette reanudó la marcha, y *monsieur* Fuchiron procedió a quitarse la peluca de cabellos blancos, y luego, las lentillas de contacto de color oscuro, que guardó cuidadosamente en una cajita. Lo mismo hizo con los lentes de gruesos cristales.

—Están compensados, ¿sabes? —dijo—. Las lentillas están graduadas de modo que compensan las dioptrías de los lentes. Es uno de mis disfraces preferidos.

—Pero no entiendo muy bien por qué complicas tanto las cosas, Saint John. Si estás convencido de que la condesa tiene esos cuadros, todo lo que tenemos que hacer es avisar a la policía, para que los recupere y nos paguen la recompensa…, que naturalmente, donaríamos a la UNICEF… ¿Verdad, Saint John?

—¿Y por qué demonios tengo que regalarle yo doscientos mil dólares a nadie? —Gruñó Nat.

—Estoy segura de que no hablas en serio ahora —le miró sonriente la bellísima Nanou.

—Pues has metido la pata hasta el sobaco, nena. ¿Quién es el que se está jugando el pellejo con esa gente, sino Saint John? Por lo tanto, la recompensa para Saint John. ¿O no? En cuanto a esos niños que pasan hambre en la India y otros sitios, ¿a mí qué? Mira, por ejemplo, en la India hay millones de vacas, que dicen que son

sagradas, así que las vacas hacen lo que les da la gana. Van y se comen los repollos, pongo por caso. De modo que, además de no producir nada, consumen… Pues bueno: que se carguen unos cuantos millones de vacas, y así, no sólo comerán su carne, sino que tendrán los repollos que las vacas sacrificadas habrán dejado de comerse… ¿Captas la idea?

—No seas vulgar —continuaba sonriendo Annette—. Además, sé que donarás la recompensa para los niños hambrientos de todo el mundo.

—Esperar eso, amorcito, es lo mismo que esperar que llueva hacia arriba. A ver si te crees que yo me juego las amígdalas para que se atiborren unos cuantos mocosos.

—Pues no te las juegues —rió Annette—. Sólo tenemos que avisar a la policía…

—No —negó seriamente Saint John—. No. Por varios motivos. Uno de ellos es que éste es un asunto muy sucio, en el que han muerto ya tres personas, y, la verdad, no quisiera que se me relacionase con todo eso. El otro motivo es que me gustaría que gente de esta clase se llevase un buen escarmiento, y estoy pensando en el modo de conseguirlo. Y finalmente, hay algo muy importante para mí: yo siempre he cumplido los compromisos con quien me ha pagado.

—¿Quién te ha pagado? ¿Cuánto?

Nat Saint John la miró alarmado. Luego, soltó un gruñido.

—Tengo que pensar —dijo—. Así que no me molestes.

Nat Saint John miró su reloj, y quedó pensativo. Eran las nueve y cinco de la noche, de modo que, hasta las once, podía moverse sin la preocupación de saber que Burel y Thierry podían molestarle, ya que la llamada hecha por Annette les había engañado a todos. Los habían visto partir hacia Villefranche… Sí, un par de horas era lo mínimo que tardarían en regresar, contando el tiempo del viaje de ida y vuelta y el que perderían en el embarcadero buscando en vano la lancha *Desirée*, que, naturalmente, hacía horas que estaba en el fondo del mar…

—Y otra cosa —dijo Annette—: yo te estoy ayudando, hago todo lo que me pides, y en cambio tú no estás siendo completamente sincero conmigo, Saint John. Ni siquiera me has dicho qué has conseguido con esa tonta visita a la villa de Charlotte de Barbusse,

ni qué habéis hablado, ni qué…

—No he conseguido más que una cosa: conocer muy bien la distribución de toda la casa. Lo cual era, básicamente, mi objetivo.

—¿Para qué?

—Para entrar luego a robarle a la condesa los cuadros que ella robó a Sémardin, el cual, a su vez, evidentemente, los había robado al museo de Nimes…

—Si haces eso, tú también serás un ladrón, Saint John.

—Sí. Pero ya sabes: quien roba a un ladrón, tiene mil años de perdón.

—Querrás decir cien años, no mil.

—En mi caso, serán mil, porque habré robado a dos ladrones.

—Entonces, doscientos años. ¿No?

—¿Te das cuenta? —Gruñó Nat—. Por eso os llamo el «seso» opuesto, porque siempre tenéis que discutirlo todo. Pero te voy a exponer una idea que no discutirás, estoy seguro.

—¿Qué idea?

Nathaniel Saint John sonrió con dureza.

—Una idea muy buena. Sí: quien roba a un ladrón…

CAPÍTULO IX

Claudine, la doncella-cocinera de la condesa de Barbusse, decidió apagar el televisor, que tenía instalado en su dormitorio. Un pequeño aparato que la distraía mucho, pero del que no convenía abusar, sobre todo aquella noche, pues al día siguiente tenía que levantarse muy temprano, para hacer el equipaje de la señora condesa. Esta vez, iban a ir a África. ¡A África…! ¿Qué podía habérsele perdido a la señora condesa en África?

—De todos modos, ¿a mí qué me importa? —se dijo.

Apagó, pues, el televisor, se miró al espejo del dormitorio, y sonrió. Claro que no era tan… espectacular como la señora condesa, pero, vaya, tampoco estaba nada mal. En cuanto al tonto de Gastón, allá él si prefería estar en el salón con la señora condesa esperando a Burel y Thierry. El se lo perdía…

Tras contemplarse cariñosamente en el espejo, Claudine se metió en su camita, apagó la luz, y cerró los ojitos. Sí, era mejor que aquella noche Gastón no la visitase. Así podría dormir una buena cantidad de horas…

Pero, apenas un minuto después de haber apagado la luz, Claudine oyó girar el pomo de la puerta de su dormitorio, y se volvió hacia allí, sonriendo, colocándose de costado. Vaya, después de todo, Gastón no era tan tonto…

La puerta se abrió, y Claudine distinguió la silueta de un hombre, que entró rápidamente, cerrando tras él.

—No debería recibirte —dijo Claudine, juguetona.

—Eso es verdad —dijo la voz desconocida—: está muy feo recibir a desconocidos en el dormitorio, guapita.

Claudine se sentó en la cama, lanzando una exclamación. Una mano se posó sobre su seno derecho, pero, evidentemente, las

intenciones del visitante no eran buenas; al parecer, el tocar el seno sólo le sirvió como punto de referencia, porque en seguida, la mano ascendió hacia la garganta de Claudine, abarcándola completamente de tal modo que las puntas de sus dedos casi llegaron a tocarse en la nuca de la muchacha. Y entonces, aquellos dedos efectuaron una presión breve, seca, decidida. La pérdida de conocimiento por parte de Claudine fue fulminante.

Un par de segundos después, se encendió la luz del dormitorio. Y Nat Saint John, todavía sentado en el borde de la cama, se irguió apartándose de la mesita de noche junto a la cual estaba el interruptor, y se quedó contemplando a Claudine, sonriente.

—No dirás que te he tratado mal, pimpollo.

Del bolsillo del pantalón sacó un rollo de esparadrapo muy ancho, y con tres tiras completó rápidamente su trabajo, esto es, atar los pies y las manos de Claudine y amordazarla. Sería muy molesto para la muchacha ser liberada luego, peor habría sido que le hubiese roto la cabeza de un mamporro.

Cumplido esto, Nat Saint John apagó la luz, salió del dormitorio, y recorrió el pasillo que comunicaba la parte destinada al servicio con el vestíbulo de la casa. Ya antes de llegar al vestíbulo, vio la luz bajo la doble gran puerta, a su derecha. Fue allá, empujó las dos hojas de madera, y entró, tranquilamente.

—Buenas noches, saludó el conde lleno de gozo, al reunirse con la condesa —dijo.

La condesa, que estaba alzando una copa con champaña, casi se vertió el dorado líquido por el escote, y luego se quedó mirando con expresión estupefacta al visitante de las melenas rubias, ojos transparentes, hombros de atleta, y vestido con pantalones y jersey negros que con tan buen humor se presentaba ante ella. Por su parte, Gastón, que estaba sentado en un sillón con una revista en las manos, abrió la boca, y así se quedó, incrédulo y aturdido.

Cuando fue a reaccionar, Saint John estaba ya ante él. Le sonrió, lo asió por las solapas con una sola mano, y lo puso en pie de un tirón más bien amable. También fue muy amable cuando colocó ante el rostro del mayordomo su mano derecha, muy abierta y muy separados los dedos.

—¿Sabes qué es esto, mayordomo de la condesa? —preguntó.

—Es… es una mano.

—Exacto. Una mano con cinco dedos. Ahora, fíjate: ¿qué es esto?

Cerró los dedos, y se quedó mirando expectante a Gastón, que se pasó la lengua por los labios y dijo:

—Es… es una mano, ya… ya lo he dicho…

—No, hombre. Ahora es un puño. ¿Ves?

Y mientras decía «¿ves?», hundía el puño en el vientre de Gastón, en un trallazo impresionante, en corto. Gastón abrió la boca, quedó lívido, sus ojos giraron…, y quedó colgando de la mano izquierda de Nat, que volvió a sentarlo en el sillón. Acto seguido fue hacia la condesa, le quitó la copa de la mano, y se sentó en el sofá, junto a ella.

—Esto le pasa a su mayordomo por no usar armas dentro de casa. Veamos qué tal está este oro líquido burbujeante… Caramba —paladeó el trago, entornando los ojos—. ¡Usted sí que sabe vivir, condesa!

—¿Quién es usted? —preguntó ella, con voz aguda.

—Soy un chico muy malo que le va a romper todos los dientes si no me entrega usted los cuadros que le robó a *monsieur* Sémardin. ¿Hablo claro?

—¡Yo no…!

Saint John volvió a ponerle la copa en la mano, y se quedó mirándola muy seriamente.

—Condesa, la principal regla de todos los juegos es saber perder. Mire, yo había pensado entrar en la casa bien entrada la noche, y llevarme esos cuadros de donde estén sin molestar a nadie. Pero me dije que iba a ser largo y fatigoso encontrarlos, abrir la caja fuerte o lo que sea… Y entre eso y cierta nueva idea que tuve respecto a este asunto, me dije: pues nada, te vas a ver a fa condesa ahora que está sin matones de oficio, y la convences amablemente de que te entregue los cuadros. ¿No le parece esto razonable? Y por supuesto, no tengo mucho tiempo que perder ya que —miró su reloj— Burel y Thierry no pueden tardar mucho en volver. ¿Me entrega los cuadros, por favor?

—Usted… usted es el rubio de las melenas que ellos encontraron… en el apartamento de Denise Massery.

—En efecto.

—¿Trabaja para Sémardin?

—Caramba, condesa, eso es evidente, ¿no? Por fav…

—Puedo pagarle más que Sémardin.

Nat Saint John asintió, pensativo.

—Sí, ya calculé esa posibilidad. Y no sólo podría pagarme más en dinero, sino que podría ofrecerme toda una serie de compensaciones… complementarias que el señor Sémardin no está en condiciones de poner a mi disposición. ¿Me comprende?

Charlotte comenzó a sonreír.

—También en eso podemos llegar a un acuerdo —susurró.

—Mire, condesa, yo soy lo que algunas personas llaman un aventurero; a veces, casi un golfo… De lujo, claro. En definitiva, soy un tipo que todo lo que hace en la vida es viajar en barco, pensar mucho, y escribir un libro sobre…

—¿Usted está escribiendo un libro? —Se pasmó Charlotte.

—Sí. Sobre Sociología. Espero —el ceño de Saint John se frunció— que será mucho más útil que mi integración en la comunidad de micos sentados en una rama rascándose las pulgas. Esto de la Sociología es una cosa muy seria, ¿sabe usted? Hay quien cree que ser bueno es portarse bien con sus semejantes. Yo opino que eso es lo normal, y que a nuestros semejantes, además, hay que ofrecerles otras cosas, como, por ejemplo, un libro donde se dé a conocer la naturaleza del ser humano en convivencia, y el modo de respetarse y amarse los unos a los otros. Ése es el libro que estoy escribiendo, condesa. Pero, claro, tengo que vivir, y por eso me dedico a pequeños asuntillos que me van abasteciendo del dinero necesario. Asuntillos que no siempre son encomiables, por supuesto, así que, como le decía, exteriormente vivo como un golfo de lujo, mientras interiormente, estoy tratando de ser útil a mis semejantes del mejor modo que se me ha ocurrido… ¿Capta usted la idea?

—Sí… Sí, sí… Bueno, de todos modos, podemos llegar a un…

—No —Saint John movió la cabeza—. Lo siento, pero no. Por dos motivos muy importantes. Uno de ellos es que yo siempre cumplo mis compromisos con quien me ha contratado en primera instancia… Siempre. El otro motivo, condesa, es que usted no es persona grata para mí: ha ordenado el asesinato de dos personas. Me refiero a Alain Duvagier y a Denise Massery. Y eso se paga. Ahora, los cuadros.

—Insisto en que…

Nat lanzó un manotazo violentísimo, que arrancó la copa de la mano de la condesa y la tiró contra la pared, donde saltó en una lluvia de pequeños brillantes.

—¡He dicho que no quiero tratos con usted! ¿Es que no lo entiende? Una cosa es tratar con sinvergüenzas, y otra cosa muy diferente, con asesinos como usted… No volveré a pedírselos con buenos modales: los cuadros, condesa.

Charlotte consiguió tragar saliva.

—Sí —jadeó—. Sí, sí…

—¿Dónde están? ¿En alguna caja fuerte secreta, como la cámara de *monsieur* Sémardin?

—No… Los… los tengo escondidos… en el garaje…

—En el garaje… Me alegro de haber variado de planes. Es usted muy lista: ¿quién va a buscar en un garaje unos cuadros valorados en dos millones de dólares? Me habría vuelto loco registrando toda la casa para nada. Muy bien: vamos al garaje… Oh, un momento.

Se puso en pie, y fue hacia Gastón, sacando del bolsillo el rollo de esparadrapo. Lo dejó en un brazo del sillón, se inclinó para tomar las manos de Gastón y colocarlas juntas…, y recibió el puñetazo propinado por el astuto mayordomo en plena nariz.

Fue un buen golpe, que dejó a Nat Saint John sentado en el suelo, con los ojos llenos de lágrimas, y la impresión de que dentro de su nariz acababa de estallar un petardo… Más que ver a Gastón a través de las lágrimas, comprendió que el ataque proseguía. Esto era lo lógico, así que, acabó de tenderse en el suelo, de espaldas, y giró alejándose de aquella zona, de modo que el puntapié que le habría acertado en pleno rostro, no le alcanzó, y en cambio, llevado por el impulso, Gastón cayó de rodillas…

—¡Mátalo! —chillaba Charlotte—. ¡Mátalo, mátalo…!

Gastón, sin duda, estaba dispuesto a ello, pero, cuando se puso en pie y se volvió hacia Saint John, también éste había recuperado la vertical, y ya no habían en sus ojos lágrimas de dolor que le impidiesen una perfecta visión. Gastón lanzó un derechazo, que fue parado y desviado sin la menor dificultad por parte de Nat, que correspondió con otro en pleno estómago del mayordomo. Éste lanzó un bramido, y se inclinó hacia delante…, para recibir en plena barbilla un trastazo escalofriante, que lo alzó del suelo y le hizo dar una vuelta de campana hacia atrás y caer, finalmente, de

bruces.

Saint John se acercó, lo asió por el cuello de la chaqueta, y lo alzó, como si fuese un muñeco. Echó el puño hacia atrás, y jadeó:

—¡Te voy a enseñar…!

En aquel mismo instante, comprendió su error. Había estado oyendo a la condesa moverse… Sí, había oído el repiqueteo de los tacones de sus zapatitos, muy veloz, clarísimo… ¿Adónde iba? ¿Pretendía escapar?

Sin soltar a Gastón, se volvió, buscando con la mirada a la condesa. La vio de pie junto al gran mueble con muchos cajones y estantes donde habían libros y figuras, quizá de porcelana china… No vio el cajoncito abierto, pero sí vio, en el acto, la pistola que la condesa tenía en la mano, y que estaba apuntando hacia él.

Sucedieron tres cosas a la vez: Nat Saint John palideció, colocó a Gastón delante de él…, y la condesa disparó.

¡*Crack*!, tronó la pistolita.

El semidesvanecido Gastón lanzó un grito, y se estremeció fuertemente, al recibir el balazo en el pecho. La condesa también gritó al darse cuenta del fallo de su disparo, y se dispuso a efectuar otro, mientras Gastón hacía perder el equilibrio hacia delante a Nat, con su peso muerto.

Y eso salvó la vida a Nathaniel Saint John: siguiendo su desequilibrio hacia delante, se lanzó rodando por el suelo hacia donde estaba la condesa, mientras ésta volvía a disparar. La bala chascó por encima de Saint John, que ya no dio tiempo a Charlotte de Barbusse a disparar por tercera vez. Terminó su caída poniéndose en pie de un salto que le colocó ante la condesa, y de un manotazo, no sólo le arrancó la pistolita de la mano, sino que le partió la muñeca. Se oyó el crujido del hueso, Charlotte gritó, abrió mucho los ojos, palideció intensamente, y cayó sentada al suelo, chocando contra el gran mueble.

Por un instante, pareció que Nat fuese a patearla, pero optó por ir a recoger la pistolita, que se guardó en un bolsillo. Luego, examinó a Gastón, y finalmente, se quedó mirando a la condesa.

—Felicidades —dijo con voz tensa—: ya tiene otro muerto en la cuenta, condesa.

—Mi brazo —gimió ella—. ¡Mi brazo! ¡Me lo ha roto…!

—Y eso, sin patinar —Nat se acercó, la asió por un sobaco, y la

puso en pie, rudamente—. Vamos al garaje.

—Mi brazo, mi brazo…

—Si no se calla, le voy a partir más huesos. ¡Al garaje!

La sacó del salón, salieron segundos después de la casa, y fueron hacia el garaje, construido aparte. Nat apretó el botón, y la puerta se alzó.

—Quiero tener esos cuadros en mis manos antes de cinco segundos, condesa.

—Están… están en una rueda…

—¿En una qué?

—En un neumático viejo, allí, al fondo…

—Vamos allá —Nat encendió la luz del garaje, y empujó a Charlotte—. Usted está loca. ¿Qué pensaba hacer con esos cuadros? ¿No comprende que inmediatamente serían identificados, y que la acusarían a usted de haberlos robado?

—Iba… iba a venderlos… en África, en… en Casablanca, en una subasta secreta a la que acudirían coleccionistas que… que tienen colecciones privadas…

—¿Quiere decir esa gente que tiene obras de arte escondidas, para disfrutar ellos solos de su visión y posesión?

—Sí… Sí… Ahí está el neumático… El más viejo… Oh, Dios mío, mi brazo…

Saint John le dirigió una colérica mirada. ¿Realmente había mencionado a Dios nada menos, aquella serpiente con forma de mujer? Apretó las mandíbulas, y se dedicó a apartar los neumáticos colocados en el fondo del garaje. Separó el más viejo, y miró en el interior. Frunció el ceño, metió la mano dentro, y tocó algo. Con gran cuidado, fue retirando el rollo de manta. Lo abrió, y sacó las telas, que extendió una por una examinándolas atentamente, haciendo oídos sordos a los lamentos de Charlotte de Barbusse.

Siempre en silencio, enrolló de nuevo las telas, y las protegió con el trozo de manta, que volvió a atar con los cordeles. Miró a Charlotte.

—Cierre la boca —gruñó—. Y permanezca así a menos que prefiera que le meta una bala por ella.

Charlotte de Barbusse no volvió a rechistar. Y un minuto después, estaba amordazada y atada como su doncella Claudine, tirada en el sucio suelo del garaje, y con el rostro cubierto de sudor,

demudado por la angustia y el dolor de su muñeca rota. Nat Saint John ni siquiera volvió a mirarla. Apagó la luz, salió del garaje, y apretó el botón, de modo que la puerta se cerró.

Tres minutos más tarde, entraba en el coche estacionado muy cerca de la entrada de la villa, sentándose junto a Annette, que miró el rollo de manta con los ojos muy abiertos.

—¿Los has conseguido? —exclamó.

—Sí.

—Pudiste hacerlo antes, cuando fuiste allá como *monsieur* Fuchiron… Te has complicado…

—Si lo hubiese hecho antes, puesto que tú habías enviado a André Fuchiron, esa gente te habría buscado a ti… Y te aseguro que no te habría gustado que te encontrasen.

—Oh… ¡Oh!

—Ah.

—Saint John, debemos… debemos devolver esos cuadros…

—Eso es lo que pienso hacer, naturalmente, para cobrar la recompensa.

—Pero si haces eso, te preguntarán dónde los has conseguido, y sabrán que has intervenido en todo esto, en los asesinatos de Duvagier, Denise Massery…

—No. También eso está pensado. Este coche está alquilado a nombre de Rolland Sémardin, así que será fácil. Diré que iba paseando por ahí, que vi el coche abandonado, con las puertas abiertas, y que pensando que alguien podía estar dentro de él, enfermo o accidentado, eché un vistazo, que vi este paquete, me picó la curiosidad, y que al abrirlo vi los cuadros…

—¿Siempre lo prevees todo?

—Procuro hacerlo. Ésta va a ser una buena operación, que me permitirá tomarme las cosas con calma durante una buena temporada. Lo cual quiere decir que adelantaré mucho mi libro…

—¿Tu libro? ¿Qué libro?

—No tengo ganas de hablar —masculló Nat—. La verdad es que cuando trato con gente así me siento poco menos que enfermo. Y no pararía de andar pegando palos a todos los que sean como la condesa, y como Sémardin, y como Macée, Thierry, Burel… Todos ellos son mil veces peor que los micos sentados en una rama rascándose las pulgas.

—Deberíamos…

—Por favor, cállate, Nanou.

Nanou se calló. Nat miró su reloj, y frunció el ceño. Esperaba haber calculado bien el tiempo, de modo que no tuviese que permanecer mucho rato allí, esperando… Y no tuvo que esperar mucho. Apenas veinte minutos más tarde, apareció el coche, que entró en la villa de Charlotte de Barbusse.

—Ahí los tenemos —susurró Nat—. Vamos ahora a casa de Rolland Sémardin.

Capítulo X

—¿Qué tal, René?

—Ah, señor Saint John, me alegro de volver a… —René sonreía, pero de pronto quedó muy serio, y con los ojos muy abiertos, fijos en el rollo de manta—. ¿Son los cuadros?

—En efecto.

—¿De verdad ha conseguido recuperarlos? —exclamó René.

—Claro, hombre. Supongo que está *monsieur* Sémardin en casa.

—Sí… Sí, sí…

Saint John entró, cerró la puerta, y puso una manaza sobre un hombro de René.

—Hazme caso, viejo amigo: desaparece.

—¿Por qué esa insistencia, señor?

—Porque aquí te la estás jugando. De veras, René. Si yo fuese tú, dejaría de trabajar para *monsieur* Sémardin y gentes como él desde ahora mismo…

—Eso quiere decir que tendría que trabajar de mayordomo… normal, señor.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Ganaría mucho menos, señor. Yo sé muy bien para quién trabajo, y acepto las consecuencias. Soy discreto, útil, servicial… Y a cambio de eso, y de saber tener la boca cerrada, cobro un sueldo que dentro de muy poco me permitirá retirarme… y seré yo quien tenga mayordomo. Alguien tiene que trabajar para granujas como *monsieur* Sémardin… ¿Por qué no yo, señor?

Nat estuvo unos segundos mirando con gran atención a René, muy serio. Por fin, asintió con la cabeza, y señaló hacia delante.

—Voy a ver al gran ladrón. En cuanto a ti, ciertamente ya no te daré más consejos. ¿Para qué, si no vas a seguirlos?

—De todos modos, le agradezco su buena intención, señor.

—Algo es algo. Y a cambio de esas buenas intenciones mías hacia ti, ¿podrías hacerme un favor?

—¡Naturalmente! ¡Me encantaría!

—Olvídame.

—¿Qué…?

—Dentro de unos minutos, saldré de esta casa. A partir de ese momento, olvídame. No me conoces, no me has visto nunca, jamás has oído mi nombre… No existo para ti. ¿Lo entiendes, ancianísimo amigo?

—Sí, señor. Y cuente con ello, si eso es lo que desea.

—Eso es lo que deseo —musitó Nat.

Fue al despacho de Sémardin, entró, y se quedó mirando al propietario de la casa, que se puso en pie vivamente, impaciente, nervioso. La mirada de Sémardin fue hacia el rollo que traía Nat. Luego, a los ojos de éste…

—¿Son los cuadros? —jadeó.

—Propiamente hablando, son las telas —dijo Nat.

Tiró el rollo a las manos de Sémardin, se sentó en un sillón, y encendió un cigarrillo. Mientras fumaba, contemplaba a Rolland Sémardin, que con gestos temblorosos procedió a cortar los cordeles y a retirar la manta. Cuando extendió la primera tela, lanzó un gemido de alegría que a Nat le pareció patético.

—Supongo que todo está bien —murmuró.

—Sí… ¡Sí, sí, sí, éstas son las telas, sí…! —Sémardin temblaba de alegría—. ¡Lo ha conseguido…!

—Supongo que si me contrató fue porque estaba seguro de eso, *monsieur*.

—Sí… ¡Naturalmente! ¿Quién las tenía, quién…?

—La condesa de Barbusse.

Sémardin se quedó contemplando a Saint John con la boca abierta. Luego, de pronto, enrojeció. Y lo hizo con tal intensidad y violencia que Nat llegó a pensar que su cabeza era un globo a punto de estallar.

—¿Ella? ¿Esa mala p… pécora…? ¿Ella? ¡La muy…!

—Por favor, *monsieur*, no me cuente su vida —atajó Nat, poniéndose en pie—. Ni sus relaciones con la condesa, ni todo el cúmulo de mentiras, engaños y traiciones que siempre existe entre

la gente como ustedes: estoy seguro de que en su relato se acumularía tal cantidad de deyecciones, por decirlo de un modo fino, que no podría soportarlo.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? —Palideció Sémardin—. ¡Usted, que no es más que un aventurero, un golfo…!

—Pero de lujo. En cambio, ustedes son altos personajes… de miseria.

—¡Fuera de aquí! ¡Largo!

Saint John se puso en pie, aplastó el cigarrillo en un cenicero, y preguntó:

—¿Queda bien claro que he cumplido mi compromiso con usted, *monsieur*?

—Desde luego. Y ahora, ¡fuera!

—Muchísimas gracias. Ya no podía soportar el olor a m…

Nat Saint John salió del despacho, pasando junto a René, que, evidentemente, había escuchado la conversación. Ni siquiera lo miró; a fin de cuentas, si a él le gustaba el olor a m… estaba en su derecho. Un derecho curioso, por cierto.

Cuando se sentó en el coche junto a Annette, ésta le miró desolada.

—Entonces…, ¿le has entregado los cuadros a Rolland Sémardin?

—Ya te he dicho varias veces que yo cumplo siempre mis compromisos.

Annette estuvo unos segundos silenciosa, abatida, antes de preguntar:

—¿Qué hacemos ahora, Saint John?

—Esperar.

—Esperar…, ¿qué?

—Que las alimañas se devoren unas a otras.

—Sigues sin tener ganas de hablar, ¿verdad?

—Eres una niña inteligente… Y por lo tanto, tendrás tu premio.

Quedaron silenciosos los dos.

Y apenas diez minutos más tarde, Annette captó el gesto de Saint John, irguiéndose. Lo miró, vio adónde miraba él, y su mirada quedó fija en el coche que en aquel momento se detenía cerca de la entrada a la villa de Rolland Sémardin.

Inmediatamente, del coche se apearon dos hombres y una mujer,

ésta con algo blanco en el brazo derecho… Annette ahogó una exclamación al reconocerla, y Nat la miró.

—Ahí llega uno de los bandos de alimañas. Como las cartas ya están boca arriba, la jugada va a resolverse a lo bestia… Tú no te muevas de aquí.

Se dispuso a salir, pero ella le asió por un brazo.

—Saint John… —Tembló su voz—, ¿adónde vas?

—A recoger los pedazos.

Se apeó, y fue hacia la villa. Entró en el jardín, y se acercó a la casa, por entre los arbustos, pero siguiendo el trazado del sendero para coches. Ya muy cerca de la casa, se detuvo, y metió las manos en los bolsillos. Se quedó allí, inmóvil, fija la mirada, sombría, en la puerta de la casa.

No tuvo que esperar ni siquiera cinco minutos.

Burel y Thierry aparecieron, corriendo, el primero cojeando visiblemente, y por supuesto, no debido al rollo que llevaba en una mano, cuyo peso, Saint John lo sabía muy bien, no era en absoluto excesivo. Enfilaron el sendero, hacia las verjas…

Saint John se adelantó entre los arbustos, y quedó tenso, esperando… En pocos segundos, Burel y Thierry llegaron a su altura. Entonces, simplemente, Nat Saint John sacó una pierna. Thierry tropezó con ella, y cayó hacia delante, lanzando una exclamación, mientras Burel, algunos pasos más atrás, intentaba detenerse al ver aparecer al tipo de las melenas rubias.

Pero su pierna herida no le respondió, y acabó por caer de rodillas delante de Saint John, soltando el rollo Y apoyando ambas manos en el suelo… Burel era hombre de poca suerte, desde luego: un nuevo puntapié en su maltrecha boca se la dejó convertida en pura fosfatina, y lo tiró de espaldas.

Mientras tanto, sonó la voz agitada, rugiente, de Thierry:

—¡Maldita sea tu…!

Saint John se volvió hacia él, y lo vio de rodillas, con la mano derecha muy adelantada, extendido el brazo… Se dejó caer al suelo al mismo tiempo que sonaba el «plop» del disparo efectuado por Thierry. La bala chascaba sobre su cabeza, hacia la casa, cuando Saint John sacaba del bolsillo la pistolita de Charlotte de Barbusse.

¡*Crack*!, sonó el disparo en el jardín.

—¡Auuuuugggffff…! —gritó Thierry, alzando bruscamente los

brazos, para caer de espaldas mientras la pistola saltaba de su mano.

Nat Saint John giró un par de veces en el suelo, y se orientó hacia Burel, que estaba sentado en el suelo, con la mano derecha metida en el sobaco…

¡*Crack*!, restalló de nuevo la pistolita de la condesa, en manos de Saint John.

Burel emitió una especie de silbido, se llevó ambas manos a la garganta, olvidando por completo su pistola y cayó de espaldas también, como Thierry.

Nat Saint John quedó tendido en el suelo, mirando vivamente de uno a otro hombre, tenso, dispuesto a seguir disparando. La pistolita de la condesa era tan pequeña que su estampido resultaba convenientemente discreto…

—Si los he matado —pensó—, no tendré el menor remordimiento…

Los estuvo mirando unos segundos. Luego, miró hacia la casa, en la cual, ciertamente, habían luces encendidas. Nadie se movía, no había reacción en ninguna parte, nadie aparecía.

Por fin, Saint John se puso en pie, y se dedicó a examinar a Burel y a Thierry. No. No iba a tener el menor remordimiento. Y no lo tuvo después de examinarlos y comprobar que dos matones profesionales ya no asesinarían a nadie más.

Recogió el rollo envuelto con la manta, y se dirigió hacia la casa, llevando todavía la pistola en la mano derecha. Entró, y se detuvo cerca del umbral.

—¿René?

Silencio.

Fue hacia el despacho, y se quedó en el umbral, contemplando la escena trágica y sangrienta.

René estaba tendido de bruces en el suelo, delante de la mesa. Charlotte de Barbusse estaba en el sofá, con los ojos muy abiertos; en su pecho siempre generosamente exhibido había una mancha de sangre, entre los senos, y seguía fluyendo por el pequeño y oscuro agujerito… No vio a Rolland Sémardin, pero comprendió inmediatamente dónde tenía que estar.

Fue a mirar detrás de la mesa, y, en efecto, allá estaba Sémardin, acribillado a balazos por Thierry y Burel, y todavía entre sus dedos

la pistola con la que había disparado contra Charlotte… Un cajón de la mesa estaba a medio abrir.

El último que examinó fue René. Le dio la vuelta con gran cuidado, pero sobraban las precauciones, la delicadeza. René también tenía los ojos abiertos, expresando sobresalto, miedo, dolor… Había estado en el camino de las balas disparadas por Burel y Thierry contra Sémardin cuando éste, tras sacar la pistola del cajón de la mesa, había disparado contra Charlotte…

—René, René, René —movió la cabeza Saint John—. Debiste aceptar los buenos consejos que se te ofrecieron.

Le cerró los ojos, se incorporó, y miró a su alrededor. Se sentía francamente mal, casi enfermo, cuando abandonó el despacho, con el rollo envuelto en un trozo de manta bajo el brazo. Sí, se sentía casi enfermo pensando en todas aquellas muertes provocadas por la codicia… Realmente enfermo.

Pasó por encima de los cadáveres de Thierry y Burel, sin mirarlos. Bastaba con ver allí aquel par de bultos oscuros, tendidos en el sendero…

Cuando se sentó una vez más junto a Annette, ésta no tuvo necesidad de que le dijeran que guardase silencio. Puso en marcha el coche, y se alejó.

Casi media hora más tarde, lo detenía, en un punto de la Basse Corniche. A su derecha, flanqueando la carretera, se veían pinos, y por entre ellos, más al fondo, el reflejo de la lima sobre el mar.

—Saint John.

—¿Qué?

—¿Te parece buen sitio éste para dejar el coche?

—Sí… Sí, cualquiera vale, supongo.

—Sería mejor que lo dejásemos entre los pinos: será mucho más convincente. Mira a ver si podemos meterlo por ahí.

—Sí… Voy a ver.

Saint John echó el rollo con las pinturas al asiento, tras apearse, y caminó hacia los pinos. Aunque, ¿para qué molestarse tanto? Un coche lo mismo podía ser abandonado en el arcén que entre los pinos, así que…

Oyó el chasquido Be una portezuela de coche al ser cerrada, y se volvió, sorprendido. ¿Por qué cerraba Nanou la portezuela de su lado?

El coche partió, a todo gas, con Annette Fournier al volante, y un rollo de pinturas valoradas en dos millones de dólares, en el asiento contiguo, envueltas en un trozo de manta.

Hacía ya más de dos minutos que las luces del coche habían desaparecido de la vista de Nathaniel Saint John cuando éste se movió, por fin. Regresó a la carretera, se metió las manos en los bolsillos, y emprendió, a pie, el regreso a Niza.

ESTE ES EL FINAL

La morena llegó en un taxi.

Se apeó delante mismo del balandro *Tiburón*, y se acercó hasta el borde del muelle, cargada con un gran maletón en una mano y un *neceser* en la otra. Se detuvo allí, y se quedó mirando al sujeto mugriento y de largas greñas rubias que, sentado en la borda del balandro, la contemplaba con sus ojos transparentes, mientras movía sus enormes pies golpeando el casco de la embarcación.

—Hola, Saint John —murmuró la morena.

Nat Saint John se llevó una mano a una oreja.

—¿Me dice algo a mí, nena?

Annette Fournier palideció.

—Sé que me estás oyendo, Saint John… Tenía que hacerlo… Devolví los cuadros, y ya está convenido que la recompensa la enviarán a la UNICEF… Si has leído los periódicos, sabrás que arreglé las explicaciones muy bien, que no te mencioné, y que dije que no sabía nada de nada. Yo sólo conocía a la condesa por haber ido a visitarla para pedirle dinero para los niños hambrientos del mundo… Por lo demás, encontrar los cuadros fue una casualidad… Utilicé tu truco, Saint John. Y dio resultado.

—Perdone —alzó las cejas el mugriento marino—. ¿Se está dirigiendo a mí, encanto?

—He venido a quedarme contigo… Iré contigo adonde quieras, navegaremos juntos, viviremos juntos para siempre… Yo te ayudaré en todo… Seremos dos golfos de lujo, Saint John, y casi todo el dinero que consigas en tus aventuras, se lo enviaremos a la UNICEF…

—Perdone, bella joven, pero hace un viento que no se oye nada…

Annette cargó con su equipaje, recorrió la pasarela, y subió a bordo. Dejó el maletón y el maletín en cubierta, y suspiró.

—Estaba diciendo que quiero irme contigo, si me has perdonado, Saint John.

—¿Usted quiere venirse conmigo? ¡Atiza…! Pero nena, ¡si este barco está lleno de mugre!

—Sí, ya lo sé.

—¿Y a usted le gusta la mugre?

—A mí me gusta lo que a ti te guste, Saint John, amor mío.

Nat Saint John quedó estupefacto. ¿Había oído bien? ¿Había oído bien? ¿Había oído, realmente, las palabras con las que siempre había soñado? ¿O era todo pura brisa, que parecía formar palabra…? Sí, quizá era aquella brisa que soplaba mar adentro, y que mantenía el cielo azul, límpido, sin una sola nube…

—Repita eso, por favor, reina de los mares —pidió.

—He dicho que a mí me gusta lo que a ti te guste… Saint John, amor mío.

Saint John alzó la mirada hacia el cielo.

—Hace un tiempo perfecto para largar velas —murmuró—. Pero antes tengo un recado para usted. Venga conmigo, bella muñeca.

Se metió dentro del balandro, y Annette le siguió. Abajo, Saint John le tendió un sobre, que iba dirigido a ella, precisamente. No cabían dudas: *Mademoiselle* Fournier - UNICEF. Ella abrió el sobre y se quedó mirando los fajos de billetes.

—¿Qué… qué es esto?

—Cincuenta mil dólares. La mitad de lo que gané con el caso «Sémardin-Barbusse». Tenía pensado entregárselos a usted para sus niños hambrientos, joven absurda.

—Pe… pe… pero… pero… pero si pensabas entregarme este dinero, yo… yo debo interpretar que… que no querías realmente los… los doscientos mil dólares de… de la recompensa…

—Claro que no.

—Oh, Dios mío… ¡Y yo te engañé, te…! ¡Qué estúpida!

—Cierto. Y a propósito de estupideces, nena morena: es llegado el momento de terminar con una de ellas. También tengo este paquete para usted.

Le tendió un paquete grande, y Annette se apresuró a abrirlo. Se quedó mirando, incrédula y maravillada el par de patines de ruedas. Nuevos, flamantes, preciosos… Y bien engrasados.

—Oh, Dios mío… Pe… pe… pero… pero esto… ¡esto quiere decir que me estabas esperando!

—Toma, claro. Era imposible que permanecieses alejada de un tipo de mi atractivo personal. En cuanto a tus proyectos, están aceptados, y quedas admitida a bordo. Pero no vuelvas a robarme nada… ¡Y no me vengas con el cuento de que quien roba a un ladrón…! Todo eso. Bien: ¿qué sabes hacer?

Annette se colgó del cuello de Saint John, y susurró:

—Tú sabes ya muy bien lo que yo sé hacer, Saint John… Y si hay algo especial que te guste, y que yo no sepa hacer, pues… lo aprenderé.

—Te has ganado los patines…

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…